BANCO COMERCIAL

Sucursal Mercedes

Colón, 220

Talleres Metalúrgicos
Ferretería Agrícola
Grasas y Aceites TEXACO
Molinos a Viento
Niquelados -:- Pinturería

LUIS BROGGI e Hijo

Exposición y Venta: Rodó 835 **UTE 363**

Talleres CEIBO—Mercedes

Ceibo

REVISTA LITERARIA MENSUAL

4

EN ESTE NUMERO

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

HERMAN HESSE
La infancia del mago (autobiografía)

CASTRO ALVES
La cruz del camino (poema)

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ
Exaltación de Castro Alves

LUIS S. SCOLPINI
Dibujo

CARLOS BAUDELAIRE
Del color

DARDO RAZQUIN
Fragmentos de un trabajo más extenso

DOELIA CITERA FAROPA
Algunos aspectos y algunos problemas psicológicos del adolescente

Nota editorial, Página del estudiante, ensayos y poesías

EN EL PROXIMO NUMERO

LUIS A. SOLARI
(Dibujo y comentario sobre pintura)

GEORGES BERNANOS († Julio 1948)
Fragmentos de su último libro «Francia contra los robots»

CARLOS DENIS MOLINA
Poemas

AGOSTO 1948

BANCO COMERCIAL

Sucursal Mercedes

Colón, 220

Talleres Metalúrgicos

Ferretería Agrícola

Grasas y Aceite TEXACO

Molinos a Viento

Niquelados -:- Pinturería

Luis Broggi e Hijo

Exposición y Venta: Rodó 835 **UTE 363**

A los Suscriptores

No disponiendo de ejemplares de los 2 primeros números, hacemos constar que la suscripción a esta revista da derecho a 10 números a partir de la fecha en que se efectúe.

LA DIRECCION

CASA

SOUMASTRE

TIENDA

ALMACEN

FERRETERIA

Colón 652 Tel. 530

MERCEDES

Ricci y Cía.

ELECTRICIDAD

COLON y FLORIDA

Teléfono 744

Todos los films premiados por la Academia de Hollywood serán presentados por Cinematográfica Glucksmann

Don Bernardo Glucksmann eje alrededor del cual se mantiene el prestigio de una tradición, cuya meta es presentar al público uruguayo los mejores films que produce la cinematografía mundial

Cinematográfica Glucksmann, con don Bernardo Glucksmann a su frente se ha preocupado en presentar al público uruguayo los mejores films que se producen en todo el mundo. Recogemos el resumen de los films norteamericanos e ingleses premiados.

LOS PREMIOS DE LA ACADEMIA

La película del año: «La Luz es para todos».
El actor del año: Ronald Colman en «El abrazo de la muerte».
La actriz del año: Loretta Young en «La adorable rival».
El mejor actor de reparto: Edmund Gwenn en «De ilusión también se vive».
La mejor actriz del reparto: Celeste Holm en «La luz es para todos».
La mejor actriz: Elías Kazan en «La luz es para todos».
La mejor canción original: «Zip Adee Doo Dah» de «Canción del Sur».
El mejor libreto original: «El hombre de su sueños».
El film más original: «De ilusión también se vive».
Premios especiales: Emil Newman, por la música de «Y los años pasaron», James Besket (el tio Remo de «Canción del Sur»); «Bill and Coo»; dibujo animado y «Lustrabotas», el mejor film extranjero.
El mejor film en blanco y negro: «Grandes ilusiones».
El mejor film en tecnicolor: «Narciso Negro».

«Palacio de la Mecánica»

MAQUINARIA AGRICOLA
NUEVA Y USADA

Accesorios y Repuestos - Talleres Mecanicos

Ferrería 1186 Tel. 640 Mercedes

-PROFESIONALES-

Dr. JUAN B. CIMA
Cirugia-Ginecología
E. Giménez 695

PEDRO C. BESOZZI
ESCRIBANO Y CONTADOR
Trámite de sucesiones.
Dinero en hipoteca
Colón 284 Mercedes
Frente al Banco de la República

MANUEL V. GASTELUMENDI
ESCRIBANO
Estudio: Rodó 720 Tel. 755 Mercedes

LUIS R. INVERNIZZI
ESCRIBANO
Roosevelt 682 Tel. 58

LUIS A. VIERA
ESCRIBANO
Rodó 678

NEPOMUCENO MODERNELL
ESCRIBANO
Roosevelt 640 Tel. 683

Dr. A. MENDEZ MODERNELL
DENTISTA
Ituzaingó 335 Mercedes

VICTOR A. ALBERT
ESCRIBANO
Trámites de sucesiones, venias y asuntos judiciales
Estudio: Ferrería 782 Tel. 759

Dr. JUAN CARLOS RUSSO
CIRUJANO DENTISTA
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes

Dra. OLGA LUZ RUSSO
CIRUJANO DENTISTA
Consultas. Martes, Jueves y Sábados
E Giménez casi Ituzaingo

Dr. RAUL A. GONZALEZ
CIRUJANO DENTISTA
Roosevelt 671 Tel. 13

Dr. ALFREDO MOREIRA UBIOS
DENTISTA
Colón 155 Tel. 788

FERNANDO VISETTI
AGRIMENSOR
Colón 122 Tel. 71 Mercedes

MARIO E. BELLINI
AGRIMENSOR
Trasladó su estudio profesional a la calle Colón 188. — Teléfono 650

JUAN CARLOS VOLONTERIO
Profesor de Piano
COLON 183

Dr. DOMINGO RIVARA
CIRUJANO DENTISTA
Horario: 15 a 17 horas — Colón 128

Dr. CARLOS M. GARMENDIA
DENTISTA
Artigas 385

—PROFESIONALES—

Dr. MARIO PRUNELL
Cirujano - Dentista
Consultas: Mañana y tarde
E. Giménez 624 Tel. 428 Mercedes

Dr. ENRIQUE COSTA LEONARD
MEDICO
Consultas: de 8,30 a 9,30 y de 15 a 17
Florida 811 Mercedes

Dr. RUBEN O. BORGES
Médico Cirujano
Sarandí 179 Tel. 867

Dr ZOILO CHELLE
Medicina - Cirugía Rayos X
Laboratorio. Consultorio: S. José 783
Consultas. de 8 a 9 y de 3 a 5

Dr. ALFREDO ALAMBARRI
NIÑOS
Consultas. de 15 a 17 horas

Dr. LUIS M. SOUMASTRE
ABOGADO
Estudio: 18 de Julio 242
Particular: 18 de Julio 244
Teléfono 103 Mercedes

Dr. CESAR GUGGIARI
Médico Cirujano
Casagrande 653 *Tel. 7032*
Consultas. de 9 a 11 y de 15 a 18 hs.

CONSULTORIO RADIOLOGICO
LABORATORIO DE ANALISIS
Dr. MELA
Florida 848 Tel. 481
Mercedes, R. O.

Dr. GASPAR F. BIANCHI
ABOGADO
Rodó 670 Mercedes

Dr. JUAN CARLOS VIERA
ABOGADO
Trasladó su estudio a la calle 18 de Julio 255 — Teléfono 432

Dr. ERNESTO COPELLO IGLESIAS
ABOGADO
Rodó y 18 de Julio

WALTER G SCHOPFER
ESCRIBANO
Escritorio: 18 de Julio y Rodó T. 438
Dom. Ituzaingó 463 Teléfono 651

MIGUEL A. OLIVERA UBIOS
ESCRIBANO
Estudio: Ituzaingo 212

EDUARDO RAMOS
ESCRIBANO
Estudio: Colón 326 Tel. 473
Mercedes

Asir
REVISTA LITERARIA MENSUAL
18 DE JULIO 535
MERCEDES URUGUAY

Fundadores:
H. Peduzzi Escuder, M. L. de Klingler, W. Lockhart

Directores y redactores responsables.
Marta Larnaudie de Klingler, Washington Lockhart

Comité de Redación:
Doelia Citera Faroppa, Angela Rocca Saldaña, Alfonso Klingler

Gran parte de la producción literaria es, en cualquier país, Literatura en el sentido peyorativo que le diera Verlaine. En todas partes, con superabundante florecimiento, lo artístico (o lo que quiere ser tal) suple al Arte. Buscamos lo poético y olvidamos la poesía, lo pictórico en detrimento de la pintura, lo musical y ya no la música. Naturalmente que de ese modo simplificamos mucho el problema. En efecto, todo, puede decirse (y lo comprendemos hoy mejor que nunca) es elemento pictórico: un paisaje o una sartén, líneas, colores, formas, cubos o partes del cuerpo humano en desordenado conjunto, cualquier pretexto es materia para el pintor. Pero si bien logramos así lo pictórico, ¿y la pintura? En vano muchas veces tratamos de hallarla, y la hallamos también cuando menos lo esperábamos. ¿Qué diferencia hay entonces entre uno y otro, entre lo poético y la poesía, o entre lo musical y la música? Difícil es expresarlo claramente. Creo que resida principalmente en una atmósfera general de la expresión, en una íntima unión de sus partes, en una tonalidad propia que subyace a la vez, en un drama, por ejemplo, en los personajes, dispuestos en una composición lograda, en el diálogo, delineado, en la acción, contínua o discontínua, pero supeditada a esa atmósfera general de la que hablaba. Mientras esa unión no exista, la obra de arte será un organismo tan perfecto, hermoso y completo como lo deseareis, al que sólo le faltará Vida.

Esa densidad particular tiene, obvio es decirlo, un carácter peculiar en toda obra, en cada verdadero artista como en cada momento universal o regional del arte. Para pasar de lo artístico al Arte, el factor que acrisola la obra, provocando esa suerte de reacción bío-química que le otorga cohesión y posibilidad de renovación, lleva casi siempre en su seno, más o menos oculto, el signo de su tiempo.

Paseando los ojos sobre el inmenso tesoro que el mundo nos está desentrañando día a día, al conjuro, desgraciadamente, de trágicas convulsiones, en todos los dominios del arte, se nos ocurre preguntarnos si el problema del hombre, en su totalidad, del hombre, en su posibilidad como pensamiento, como verdad y como acción, no es el signo de nuestro tiempo. Nunca lo humano se había desenvuelto como hoy ante nuestros ojos, en toda su dolorosa complejidad. La palabra más simple, el objeto más desnu-

do así como la más realista novela, nos están hablando con voz ambigua, están tratando incesantemente de llevarnos más allá de ellos mismos. Kafka o Kierkegaard. Faulkner u O'Neill, Hernández o Supervielle, en todos la misma hondura peligrosa se revela bajo la forma, simple u oscura.

"Solamente me había quedado la costumbre de dar pasos y de mirar como llegaban los pensamientos: eran como animales que tenían la costumbre de venir a beber a un lugar donde ya no había más agua. Ningún pensamiento cargaba sentimientos: podía pensar, tranquilamente, en cosas tristes: solamente eran pensadas. Ahora se me acercaban los recuerdos como si yo estuviera tirado bajo un árbol y me cayeran hojas encima: las vería y las recordaría porque me habían caído y porque las tenía encima». (F. Hernández; El Caballo Perdido).

Mí expresión: problema del hombre, podría parecer una fórmula disimulada del lema sartriano: «inquietud metafísica» que pretende abanderar exclusivamente este siglo. Pero es con pleno convencimiento que rechazo la doctrina filosófica como justificativo de toda obra contemporánea de valor. Sería, por ejemplo, ampliar demasiado (falsear, diremos mejor) el sentido de la palabra, encontrar una filosofía en «El libro de Thel». Pero hay en él, eso sí, un desdoblamiento, la necesidad de reintegrar un alma en el íntimo panorama del mundo (¿o bien de reintegrar el íntimo panorama del mundo en el alma del hombre?) De modo que este aparente egocentrismo que caracterizaría nuestros días—ese afán lógico de una incierta existencia—en lugar de limitar el campo del hombre, sobrepasa lo humano y ensancha hasta lo inverosímil su existir. Se apropia ávidamente los más recónditos sentimientos, deforma sin piedad la realidad pero también la divinisa, pareciendo someterse a ella, y creando la idolatría, ora de la Palabra, ora del Objeto, ora de la Acción.

* * *

La juventud de nuestros días se halla abocada a una multitud de interrogantes. Sus mayores han removido los más áridos como los más duros terrenos. Ahora ¡a ella le corresponde marcar los surcos y echar la semilla! La obra necesitará, a no dudarlo, no sólo voluntad y entusiasmo, sino también perseverancia y fe. Pero de aquello que realicen los jóvenes que ayudamos o queremos ayudar a seguir su rumbo, luchando contra una de las más fuertes oleadas que el espíritu humano haya jamás sufrido, dependerá el destino de la civilización, una vez que hayan tomado conciencia de ella. Y si alguno sonríe ante estas palabras «civilización» y «conciencia», tan maltratadas y gastadas, confirma una vez más, por desgracia, el peligro que nos acecha.

M. L. de K.

HERMAN HESSE

LA INFANCIA DEL MAGO

Pequeño retrato autobiográfico

Yo he nacido hacia el final de la era moderna, poco antes del renacimiento de la Edad Media, bajo el signo del Sagitario y bajo los rayos propicios de Júpiter. Mi nacimiento tuvo lugar al morir un cálido día de julio.

He amado durante toda mi vida de un modo inconsciente la temperatura de esa hora; la he buscado y, cuanco me faltaba, he sufrido. No he podido vivir nunca en los países fríos, y todos los viajes que he emprendido por mi propio agrado se dirigían hacia el Sur.

Era hijo de padres piadosos a quienes amaba tiernamente y que hubiera amado todavía más si no me hubieran hecho conocer tan temprano el cuarto mandamiento. Desgraciadamente, los mandamientos han tenido siempre a pesar de su exactitud, una influencia fatal sobre mí. Soy, por naturaleza, un cordero, tan fácil de manejar como una pompa de jabón, pero yo me he rebelado contra todos los mandamientos, al menos durante mi juventud. A penas oía ese **debes** todo se inmovilizaba en mí. Como bien lo pueden pensar, esa particularidad ha sido de una influencia más bien perjudicial sobre mi carácter a lo largo de mis años escolares. Nuestros maestros nos enseñaban sim embargo, en esa disciplina tan divertida llamada Historia, que el mundo ha sido siempre gobernado y transformado por hombres que se habían dado una Ley personal después de haber roto con la tradición. Y se nos decía que esos hombres eran dignos de admiración. Pero no eran más que mentiras, como por otra parte toda la enseñanza, pues, si uno de nosotros mostraba (de buena o mala fe) coraje al violentar un mandamiento o al protestar contra una tonta costumbre, no sólo no era venerado ni erigido en modelo, sino castigado, escarmentado, aplastado por la vergonzosa supremacía de los maestros.

Había felizmente aprendido lo que importa para la vida, desde antes de entrar a la escuela: poseía sentidos despiertos con los cuales podía contar y de los cuales podía recibir más de un goce. Y si más tarde he sucumbido a las tentaciones de la metafísica y si hasta he mortificado mis sentidos, siempre conservé una dulce sensualidad auditiva y visual. Esta se expresa en mi pensamiento, mismo cuando parece abstracto.

Yo sabía orientarme en mi ciudad natal, en los gallineros y en los bosques, en los jardines y en las tenditas de los artesanos. Conocía los árboles, los pájaros y las mariposas. Sabía cantar canciones, silvar entre los dientes y muchas cosas más que son útiles para la vida. A todo esto se sumaban pues las ciencias escolares que me causaban placer y me daban poco trabajo, sobre todo el latín. Por otra parte, he compuesto casi al mismo tiempo versos alemanes y versos latinos. El arte de la diplomacia y de la mentira me fué inculcado en segundo año, gracias a dos preceptores, que han despertado en mí esas facultades. Las desgracias que me ha ocasionado mi sinceridad completamente infantil, me han convencido de que ésta no era una de las virtudes necesarias a un alumno. Ellos me acusaron de un delito, por lo demás insignificante, que había sido cometido en clase y como yo era absolutamente inocente y que ellos no lograban hacérmelo confesar, hicieron

un monstruo de una bagatela y me pegaron tanto que no sólo no solté la confesión deseada, sino que además perdí toda fe en la honestidad de la casta de los maestros. Más tarde—gracias a Dios— he trabado conocimiento con institutores dignos de respeto, pero el mal estaba hecho y mis relaciones falseadas no solamente con mis maestros, sino con toda autoridad. En suma, fuí un buen alumno durante mis siete u ocho primeros años escolares; por lo menos estaba sentado en las primeras filas.

Fué sólo más tarde, en el momento de esas luchas que no perdonan a aquél que quiere transformarse en una personalidad, que entré poco a poco en conflicto con la escuela. Comprendí el significado de esos combates veinte años más tarde. Antes, los llevaba en mí o me rodeaban a pesar mío como una desgracia irreparable.

He aquí de qué se trataba. Desde la edad de 13 años, yo estaba convencido de que debía ser o poeta o nada. Pero poco a poco comprendí otra cosa todavía, muy desagradable. Uno podía volverse maestro, pastor, médico, comerciante, empleado del Correo, hasta pintor o arquitecto. En todas esas profesiones existían escuelas, métodos de enseñanza para debutantes. Pero para un poeta, nada semejante. Estaba permitido y hasta era un honor ser poeta: es decir tener éxito y ser conocido, pero desgraciadamente uno estaba, la mayor parte del tiempo, ya muerto cuando la celebridad llegaba.

Volverse poeta era pues imposible y querer volverse poeta, una vergüenza, como pronto lo comprendí. Rápidamente saqué mis conclusiones. Está permitido ser poeta, pero no volverse poeta. Además, el interés por la poesía y un talento poético personal os hacían sospechosos ante vuestros maestros. Ellos se burlaban de vos y hasta podían ofenderos mortalmente. Se ridiculiza al poeta y al héroe, como a todas las fuertes personalidades. En el pasado, eran magnificados (los manuales estaban llenos de ellos), pero en la realidad se les odiaba y los maestros no habían recibido probablemente su instrucción y su puesto más que para impedir el florecimiento de hombres grandes y libres, capaces de hazañas magníficas.

De este modo, sólo veía abismos entre yo y mi lejana meta. Todo volvíase incierto, perdía su valor, salvo la certidumbre de que sería poeta, que ello fuese fácil, o no, honroso o ridículo. Veremos cuales fueron las consecuencias de esta decisión o más bien de esta fatalidad.

Cuando tuve 13 años este conflicto acababa de estallar, mi conducta en casa así como en la escuela dejaba tanto que desear que se me mandó en exilio a la escuela superior de otra ciudad. Un año más tarde, fuí alumno de un seminario donde aprendí el alfabeto hebreo.

Comencé a comprender lo que era un Dagesch forte implicitum cuando una tormenta interior se desencadenó en mí, obligándome a huir de la escuela monacal. Consecuencias fueron una pesada pena de calabozo y mi revocación. Durante algún tiempo me esforcé por continuar mis estudios en un colegio; fué en vano, pues el calabozo y la revocación vinieron aquí también a coronar mi tentativa. Luego fuí aprendiz-comerciante; pero al cabo de tres días, tomé las de Villadiego. Desaparecí algunos días y algunas noches, lo que apenó mucho a mis padres. Durante seis meses, ayudé a mi padre en sus trabajos y durante un año y medio fuí aprendiz mecánico en una fábrica de relojes.

Bueno, que durante más de cuatro años, todo anduvo mal. Ninguna escuela quería guardarme y cada aprendizaje terminaba por una fuga. A pesar de todo se me reconocía talento y buena voluntad. Hasta era asiduo en mi trabajo pues, venerando mucho la alta virtud de la pereza, nunca he sido un gran maestro en este arte. Cuando a los quince años, mis esfuerzos por seguir la hilera escolar hubieron fracasado, comencé seriamente, y con energía, mi educación. Para felicidad mía, la casa paterna abrigaba la inmensa biblioteca de mi abuelo, donde se encontraba un montón de viejos libros, entre otros las obras maestras de la literatura alemana y los filósofos del siglo XVIII, completos. Entre los dieciséis y los veinte años, no sólo he ennegrecido una gran cantidad de papel con mis primeros ensayos poéticos, sino que he descubierto gran parte de la literatura mundial, de la filosofía, de la historia del arte, y aprendido los idiomas con una tenacidad que hubiera ampliamente bastado para estudios normales.

Para, al fin, ganarme la vida, me hice librero. Tenía a pesar de todo más y mejores relaciones con los libros que con los tornos y las ruedas dentadas. Al principio una sensación de embriaguez me invadió, de estar así, sumido en el mar de las novedades literarias, de ser mismo sumergido por ellas. Pero poco después me dí cuenta de que una vida intelectual consagrada exclusivamente a la actualidad, no era posible, o carecía de sentido, y que solas las constantes relaciones con la historia, con el pasado y la antiguedad, la hacían aceptable. Después de haber agotado los placeres de la novedad, sentí la imperiosa necesidad de volver al pasado. Lo he satisfecho abandonando el oficio de librero por el de anticuario. No hacía eso más que para ganarme la vida, pués, a los veintiséis años, habiendo tenido algunos éxitos literarios abandoné también ese oficio.

Había por fin, después de múltiples sacrificios y con mucha dificultad, alcanzado mi meta; me había vuelto poeta, por más imposible que aquello pareciera. Había logrado mi victoria sobre el mundo hostil. Había olvidado la amargura de los últimos años, donde había estado tantas veces tan cerca de la ruina total. Mis padres y mis amigos que habían tantas veces desesperado de mi porvenir, ellos también me sonreían de nuevo. Yo era el vencedor y podía permitirme hacer tonterías; todo lo que hacía, era encantador y estaba encantado de mí mismo. Es sólo en ese momento que me dí cuenta de la espantosa soledad, del ascetismo y de los peligros en los cuales había vivido todos esos años últimos. El dulce calor de la aprobación general me hacía bien y empecé a sentirme satisfecho.

Durante bastante tiempo mi vida tomó un curso agradable y tranquilo. Tenía mujer e hijos, una casa y un jardín. Escribía mis libros y pasaba por un escritor agradable. Vivía en paz con el mundo. En 1905, ayudé a fundar una revista que debía sobretodo hacer oposición al gobierno de Guillermo II. Pero en el fondo no tomaba estas finalidades políticas muy en serio. Hacía hermosos viajes por Suiza, por Autria, por Alemania, por Italia, hasta por la India. Todo parecía estar en el orden más perfecto.

Vino el verano de 1914 y todo pareció, en lo exterior y en lo interior, haberse modificado profundamente. Nos dimos cuenta de que el bienestar descansaba sobre muy débiles asientos; comenzaron el gran malestar y la verdadera educación. No puedo decir que esos tiempos pseudo-heróicos me hallan encontrado mejor preparado y más digno que el resto de la humanidad. Lo que me distinguía de los demás, era la falta de entusiasmo, ese supremo consuelo que muchos poseían. Por eso me replegué sobre mí mismo y volví a hallarme en conflicto con el universo. El aprendizaje iba a comenzar de

nuevo. Debí una vez más desaprender el estar contento de mí mismo y del mundo· Es gracias a esa experiencia que he franqueado el humbral de la iniciación a la vida....

* * *

No podía felicitarme de vivir tiempos heróicos. Mientras todo el mundo parecía regocíjarse de ello, debí, durante años, defenderme desesperadamente contra la desgracia que se había desplomado de improviso y, aparentemente, desde el exterior, sobre la humanidad. Mi miseria aumentaba al leer las proclamas de los profesores, los artículos de los poetas que descubrían las bendiciones de la guerra, y al pasar revista a los poemas guerreros que escritores cèlebres habían compuesto en su gabinete de trabajo.

Un buen día, en 1915, sucedió que expresé públicamente ese sentimiento de desesperación, se me escapó una palabra de pesar sobre los pseudo intelectuales que no hacían otra cosa que predicar el odio, difundir mentiras y glorificar la gran desgracia. A raíz de esa queja, bastante tímidamente emitida, fuí acusado de traición en la prensa de mi patria. Era una experiencia nueva, pues a pesar de mis numerosos contactos con los periodistas, nunca había sido cubierto de oprobio por una tal mayoría. Esa acusación fué reproducida por veinte diarios de mi país, y de los numerosos amigos con los cuales creía contar en el mundo de la prensa, hubieron sólo dos que se atrevieron a defender mi causa. Viejos compañeros me hicieron saber que habían dado calor a una víbora en su corazón y que, a partir de ese momento, ese corazón no latiría más que por el Kaiser y el Imperio. Recibí cartas de injurias; algunos libreros me hicieron saber que un autor alimentando tan bajos sentimientos no existía más para ellos. Encima de varias de esas cartas aprendí a conocer una nueva insignia: un pequeño sello llevando la inscripción siguiente: Que Dios castigue a Albión.

Sin embargo este acontecimiento tan poco importante por sí mismo, trajo el segundo gran cambio de mi vida. Recuerden: el primero tuvo lugar cuando tuve conciencia de querer volverme poeta. Hesse, de escolar modelo, se volvió entonces un inútil, fué castigado, revocado, dejó de portarse bien, dió mucho que hacer a sus padres y a sí mismo. Y todo eso porque no lograba conciliar la voz de su corazón con la del mundo tal como es o al menos parece ser. Lo mismo se produjo nuevamente durante la guerra. Entré de nuevo en conflicto con un mundo con el cual había logrado vivir en paz. Todo lo que emprendía abortaba, estaba solo y era desgraciado, y cada palabra que pronunciaba era mal interpretada. Veía de nuevo un abismo entre lo real y todo lo que no parecía justo y deseable.

Esta vez me puse a meditar y bien pronto me ví obligado a buscar la causa de mi desgracia, no fuera de mí, sino en mí. Bien me daba cuenta que ni hombre ni Dios, y con más razón aún, yo mismo, nadie podía acusar al mundo de locura y de brutalidad. Debía existir en mí toda suerte de desórdenes y no era regocijante poner la mano en ese caos para tratar de ordenarlo. Me apercibí que la paz en la cual yo vivía con el mundo estaba tan podrida como la otra y que además la había pagado demasiado caro. Yo creía haber ganado mi sitio al sol, en mis graves luchas juveniles. Creía ser poeta. Mientras tanto, éxito y bienestar habían producido sobre mí su efecto habitual: me había vuelto satisfecho e indolente y cuando se miraba de más cerca se veía que el poeta no estaba lejos de ser solamente un literato. Todo había marchado demasiado bien. Pero a partir de entonces, todo

anduvo mal, y cuando hay que debatirse en una desgracia perpetua, eso es siempre un aprendizaje bueno y severo. Aprendí a despreciar las querellas del mundo y a considerar qué parte me correspondía de la confusión y de la culpabilidad generales. Dejo al lector el cuidado de adivinar esas preocupaciones en mis obras.

En secreto esperaba siempre que mi país, no todo entero, se entiende, pero representado por numerosos indivíduos responsables y despiertos, haría con el tiempo un examen de conciencia análogo al mío y que en lugar de quejarse de los malvados enemigos, de la malvada guerra y de la revolución se preguntaría: ¿en qué soy yo mismo culpable? Pues se puede siempre retornar a la inocencia si uno reconoce su falta y su sufrimiento y los soporta hasta el fin, en lugar de poner a los otros en tela de juicio.

Cuando ese cambio comenzó a aparecer en mis escritos y en mi vida, numerosos amigos sacudieron la cabeza, muchos también me dejaron. Todo eso pertenecía al nuevo panorama de mi existencia, así como la pérdida de mi casa, de mi familia y de todos mis bienes. Hubo un tiempo en que hacía diariamente adioses y en que diariamente me extrañaba de estar todavía con vida, de amar todavía algo de esta singular existencia que parecía traer consigo sólo pérdidas, dolores y desgarramientos.

Por otra parte, aún durante esos años de guerra, quedé bajo la protección de una buena estrella o de un angel guardián.

El final de la guerra coincidió con el término de mi metamorfosis, y la cima de mis mortificaciones. Pero esos sufrimientos nada tenían ya que ver con el conflicto o el destino del universo. La derrota de Alemania, que nosotros en el extranjero preveíamos desde dos años atrás, no tenía más nada de aterrador. Estaba sumergido en mí mismo, únicamente preocupado de mi propia suerte, con el sentimiento, a veces, de que se trataba de la de todos los hombres en general. Volvía a encontrar en mí la guerra y las envidias mortíferas del universo, toda su superficialidad, toda su cobardía. Debía perder primero el respeto, luego el desprecio de mí mismo. Había que continuar fijando la mirada en el caos con la esperanza ora encendiéndose ora apagándose, de encontrar más allá de ese caos la naturaleza de la inocencia. Cada hombre despierto a su plena conciencia debe seguir una vez al menos ese sendero desierto pero sería tiempo perdido hablar de ello a otros.

Cuando mis amigos se volvían infieles, sentía tristeza pero no malestar. Era más bien la confirmación de que me encontraba en el buen camino. Esos amigos tenían razón al decir que había sido antes un hombre tan simpático y un tan amable poeta. Pues entonces mis preocupaciones del momento se habían vuello insoportables. Había sobrepasado esos problemas de gusto y de carácter y ya más nadie comprendía mi lenguaje. Esos amigos tenían quizás razón en reprocharme la falta de belleza y de armonía de mis escritos. Aquello me hacía reír pues ¿qué importancia tienen la belleza y la armonía para el condenado a muerte, para el hombre que corre entre paredes que se derrumban, para salvar su vida? ¿Quizás a pesar de mi íntima fe, yo no fuera en absoluto un poeta, y esa actividad estética fuese sólo un engaño? ¿Por qué no? Todo eso ya no tenía ninguna importancia. Lo esencial de lo que había encontrado en el transcurso de mi viaje a través de mi infierno interior, era pura charlatanería; quizás sucediera lo mismo con mi quimérica fe en mi vocación y en mi talento. Así todo lo que había considerado antaño con una alegría infantil y no sin alguna vanidad, como un deber, había de-

Balada del caballero solo

El era . . . era con silencios, y venía,
y escuchaba borbotar su silencio, como
sombra quizá, quizá no; mas venía muy
nocturno, chocaba a oscuras con su frente,
y nos miraba siempre desde muy lejos . . .

El vivía con su muerte, en su casona vieja,
rodeado de perros. Y plantó álamos porque lo
alegraban. Y miró con amor gatitos y terneros.
Y amó lechos donde alguien despidióse con dulzura
y ese olor de tiempo que sale de los roperos
y las fiestas, sin ser festivo,
y a su modo, amó la vida; pero
amando todo, todo lo amaba desde muy lejos . . .

Y era tímido como un rocío y fuerte y bello
y varonil y nada amigo de mujeres, y hombre,
lo amaron hombres, y supo hablar con los niños,
y se que miró a su muerte sin amargura
porque él venía muriendo desde muy lejos.

Humberto Peduzzi Escuder

Abril 26/39.

---

jado de existir. Desde hacía largo tiempo ya no veía mi salvación en la poesía, la filosofía, o en cualquier otra rama especializada; sino en la libertad dejada a todo lo que era todavía fuerte y vivo en mí, de vivir su propia vida, en fidelidad absoluta con todos los vestigios de la vida. Eso era la **vida**, era Dios.

Más tarde, esos tiempos de tensión grande y peligrosa me han parecido totalmente distintos, pues todo lo que se refería a ellos había ya perdido su importancia. Lo que era sagrado anteayer puede tener un sonido cómico hoy.

Versión de la trad. de A. Hochuli por M. L. de K.

HUMBERTO PEDUZZI ESCUDER

Conocimiento del hombre

(Notas de un Diario. 1947)

(Continuación)

Quizá la angustia ante la muerte o su persistencia a cada revolución mental, a cada cambio interior, a cada mutación —sea rara; o tema que preocupa a pocos, como sostienen algunos (ah! tampoco concederían que los más la viven como opaca, oscura inquietud); pero ello —y esto apenas si lo ven— sólo disminuiría el **número** de los que se fundan en el ser del hombre. De ahí; no es tanto, aunque necesaria, la vivencia subjetiva, la que importa, como la zona de objetividad a que ella aborda. El temor a la muerte es todo, todo lo que queráis, menos una falsa alarma. La falsa alarma —y mientras tengamos vida nos alarmaremos, más falsa que verídicamente— lo contiene, a modo de envoltura, de endeble envoltura, de envoltura que se razga al primer golpe . . . , mientras el bulto se nos escurre, y ¡por fin! respiramos. ¿Hasta cuándo? Porque nos queda una certidumbre que ultrapasa toda evidencia —que lo evidente y sin disputa es que estamos todavía vivos y que **aquello** se nos esfuma en indecisas lejanías.

* * *

En la esencia del pícaro (que los hay de alto vuelo), y descartada una habilidad a veces genial como artimaña e industria pero que no confunde más allá de un análisis somero, está el no tener metafísica . . . o el de procurársela, que es lo mismo, por adición o saqueo. No tenerla, esto es, en el sentido en que se afirma que "Fulano de Tal no **tiene** vergüenza", pensando en algún orden de posesiones esenciales que funda nuestra hombría. Por eso, y desde otra perspectiva, sólo está situado metafísicamente, aunque en lo escolástico no haga metafísica, quien está en la singularidad ejemplar de su propio destino, más un Holderlin que un Kant —que se trata de hacerse a la vela con toda su carga al soplo de lo desconocido! Ni el pálido "cómo es posible" ni el demasiado general "¿Adónde vamos?" podrían ser, entonces, mejor divisa que la interrogación entrañada de quien se decide . . . "¡a la buena de Dios!". Si el pícaro es capaz de **simular** el primero, de conmoverse alguna vez ante el apremio del segundo, es al entregamiento del último al que teme!

* * *

Que la letra mate el espíritu, es, por lo menos, **tan** cierto como que el espíritu, sin ella, moriría irrescatado . . . y, para ser minuciosos, tal vez veinticuatro horas antes. Aunque, de cualquier modo, ello nunca fué problema para los que lo tuvieron.

* * *

Quemar las naves . . . o ¡no quemarlas!

Tal vez uno de los peligros de las posiciones extremas —válidas sólo para los espíritus libres,— cuando alcanzan una formulación precisa, sea el hecho de que habrá siempre individuos dispuestos a tomarlas por primeras, o destruyéndoles la simiente dialéctica que esconden o sustituyéndosela por una de calidad bastante inferior. Necesítase únicamente una expresión

acuñada, que circule. Para estar en los años que corren, ¿cuántos son los que han comprendido todo lo que se tira de una vez por la borda al afirmar: **"Credo... quia absurdum!"?** ¿Sabrán estos señores que lo **primero** que se niega ahí no es precisamente la razón sino la existencia histórica del Cristo, que se la declara absurda, es decir, incomprensible, ridícula, monstruosa, con pruebas de sobra, y hasta en exceso, para no creer en ella? ¿Sabrán, y desde luego no por haberlo leído, que con ello se le quita a la fe el último asidero? ¡No les agradaría, por cierto, que se les llamara desesperadamente... ateos, en vez de creyentes desesperados o agónicos! ¿O es que prefieren, dada la inadecuación de ambas expresiones, aquélla que más y mejor les disimula ante sí mismos —¡desesperados, al fin!— su propia situación? Malos tiempos, sin duda, porque en verdad debieron serlo muy buenos aquéllos en que todavía era posible pasmarse del "roseau pensant"... ¡Apenas si comprometía! ¡Y nada más comprometedor que una posición francamente extrema!

* * *

Las mujeres, y es asombroso si se considera que todo o casi todo las parece sorprender mejor plantadas que los hombres, suelen desentonar en situaciones cuya solemnidad esencial, última, debiera tocarlas primero a ellas que, por la maternidad, tienen carnal noticia de este drama de la vida en que el dolor representa el papel de oscuro aunque infaltable comparse, por más de que ocupe un instante el primer plano. El gesto socrático en el "Fedón"! marca bien los límites de la zona en la que demasiado a menudo les está vedado entrar. La muerte es grande y misteriosa, demasiado grande y misteriosa para turbarla con gritos y sollozos, para ensayar frente a ella una desesperación que sólo está bien tratándose de las cosas que podemos recobrar porque caen exactamente a nuestra medida. ¿Distraeríais este poco de silencio que os concedió para meditarla por última vez, en acallar lamentos? ¿Acaso **en ella** hay algo de qué lamentarse? ¡Es que quien no puede conservar su compostura no **está** en lo que está ocurriendo!, aunque sea el amor el que le adelante la ausencia futura, palpable ya en este ser que se le rehuye...

* * *

Pascal decía: **«L'homme n'est qu'un roseau le plus faible de la nature; mais c'est un roseau pensant.»**, observación ejemplar que me parece la cáscara del fruto cuando pienso que hay una instancia más profunda—a la que débe conducir: « Travaíllons donc a **bien** penser.»—y que no se presta, en su esencial invisibilidad, en su pugna más trágica y como «anónima» o de «incógnito», a un tal juego de oposiciones. Podemos apartarnos en todo momento de lo que es, distraernos, alterarlo, sustituirlo, ya nada lo defiende en nosotros. Reposa únicamente en su delicadeza, y es sólo en la medida en que a él nos docilizamos. Su necesidad, su verdad, penden de nuestro consentimiento, de nuestra bondad y libertad efectivas, aunque nada tengan—como no tienen—de arbitrario ni de transitorio y, menos aún, de subjetivo. Pero, indefenso y todo, inerme, su poder, sí postergado, se conserva intacto, a la espera de aquellos que estén dispuestos a entregarle lo mejor de si mismo, para testimoniar —¡y qué testimonio!—a través de ellos.

(Continuará)

La Cruz del camino

Caminante que sigues tu destino
rumbo adentro en la selva encontrarás
la cruz abandonada en el camino...
Déjala en paz dormir su soledad.

¿Qué vale ese perfume de romero
el ramo que tus brazos volcarán?
Espantarás el bando bullanguero
de mariposas que a posarse van...

Es de un esclavo humilde sepultura
su vida fué velar insomnio atroz.
Deja que duerma el lecho de verdura
que entre las selvas le compuso Dios.

No precisa de tí. El «gaturamo»
por él gime en la tarde vegetal.
Y en el cañaveral, desde alto ramo,
puebla su «juritÍ» la soledad.

Entre los brazos de la cruz sencilla,
planta parasitaria floreció...
Tiembla y llora rocíos la gramilla.
Enciende la luciérnaga un fulgor.

Cuando en la noche el bosque se enmudece
a solas habla el túmulo con Dios.
Van alas de oro hacia los astros. Crece
en las cascadas su infinita voz.

¡Caminante! El esclavo, el oprimido,
ha poco que su sueño comenzó.
¡No le alteres el lecho al prometido
que ayer la libertad lo desposó!

CASTRO ALVES

Traducción de Cipriano S. Vitureira

EXALTACION DE CASTRO ALVES

(Fragmento de la conferencia pronunciada en el acto con que fué iniciada, en el Uruguay, la recordación del poeta Castro Alves con motivo del Centenario de su nacimiento)

* * *

¿De dónde brota la corriente lírica que inspira a Castro Alves? No se la puede ir a buscar en las fiestas galantes de los salones aristocráticos del Imperio decadente; ni se la encontrará temblando, bajo las estrellas, cabe la reja de los enamorados. En el puño férreo del capataz negrero nace este verso iracundo, que corre como una vibración eléctrica hacia el restallar del látigo y revienta—hecho rosa de sangre y grito de dolor—sobre la carne de ébano palpitante del pobre negro esclavo. No es verso de música para halagar oídos, ni es dulzona melopea para hacer dormir a los niños. Es petardo luminoso, arrojado a la selva impenetrable dormida bajo la indiferencia de las estrellas, para silenciar el canto de la noche y hacer más profunda y más solemne la «soledad sonora».

Castro Alves no busca entretener a las gentes con ritmos fáciles, ni cree que el poema debe surgir como el chorro del surtidor para jugar en las retinas ociosas, aunque él haya tirado al azar, sobre las multitudes frenéticas, versos improvisados. Castro Alves es un Hombre de su tiempo, tanto como un Poeta de su generación; un bardo, si queréis, que, como Walt Whitman, recoge el rugido del mar que le trae el grito desesperado que, desde Guernesey, arroja a la Humanidad, el desterrado Víctor Hugo. Castro Alves, con toda su arrogante inexperiencia, emprende un camino desconocido porque, como dijo Euclides da Cunha, **«nào tuvo precursores»**.

Pero, Castro Alves es más que nada y por sobre todo, hijo de América, un joven envejecido en la presencia del dolor de todos que, sin esperar la madurez de la clásica cosecha, lanza su verso para herir en el flanco vulnerable, a los que hacen del hombre de otra raza, no un hermano, sino una víctima. Castro Alves es lo que ha dado en llamarse con acierto, un poeta «social, humano y humanitario». Alfranio Peixoto, tantas veces merecidamente citado, escribe: **Castro Alves nào foi só o nosso grande poeta social, poeta nacional, nacionalista, para ser em tudo singular, como o seu genio, foi o unico»**.

Fué así, un vidente que canta rítmicamente sus palabras proféticas para que quienes pasan indiferentes, se detengan ante la voz del canto, y comprendan si escuchan, que hay miseria y dolor en el mundo; que mientras unos disfrutan de todo bien, otros sufren de todo mal; y en tanto que, para unos, las horas son breves para el placer fugaz; para otros, los intantes de sufrimiento se detienen en el tiempo, convierten los instantes en siglos interminables y transforman a los buenos inofensivos, en rebeldes peligrosos y agresivos....

Nuestro poeta no va a dar espaldas a su maravillosa tierra brasileña para cantar la belleza de otras patrias o para rezar poéticamente como Gonçalves de Magalhães; y será distinto porque Castro Alves, si bien puede como su cofrade que «a Humanidade marcha», no puede aceptar que «Deus

a guía» Quizás el drama de su propia vida lo lleva a pensar, con escepticismo dramático, que Dios es indiferente....

Castro Alves admira la naturaleza patria y lo prueban esas maravillosas octavas reales, íituladas **«A tarde»**, con que, en un extraordinaria alarde decorativo de la hora del atardecer, comienza **«A cachoei-a de Paulo Affonso»** ¿Cómo ser insensible a esa fiesta de luz que es el atardecer en una naturaleza prodigiosa? Pero. no se detiene ante ella, ni vuelve los ojos hacia el passdo en ebriedad extática, para pintar con pincel de poeta bucólico la magia de color de las selvas vírgenes o el paisaje brumoso de lo legendario, ni dirá plañido de lamentos, como Gonçalves Días:

«Cantor das selvas, entre breves mattas
Aspero tronco da palmeira escolho»

Castro Alves no seguirá el rumbo melancólico de los que lloran penas que no sufren o gimen penas que no sienten, viviéndolas a través de lecturas epidérmicas, en resonancias cadenciosas de los versos del romanticismo europeo, arribado a tierras de América como barcarola veneciana.... El dolor le subirá a la garganta desde lo profundo de su propio sufrimiento. No va a pensar como los enfermos del «mal del siglo», que hay que beber la vida de un sorbo, que la única verdad de la existencia es el dolor, que ante tan desoladora realidad no queda otra actitud que la de la duda displicente y que, llegado el caso, todo se cura con un pistoletazo No. Castro Alves, en medio de sus vacilaciones románticas, es una ruda palabra de verdad, un puño cerrado golpeando sobre el corazón de los que dan espaldas a la miseria de todos, un aullido de dolor y de rabia que no puede escucharse sin prestarle atención. Por esto es, en medio a los poetas de su siglo y en su tierra, un púgil que, de un salto, se planta en medio del camino que otros huellan cantando, y que grita su blasfema palabra como un profeta de la Biblia. Y es tan alta su voz y, tan elevado su acento, que las resonancias de su verbo arrebatan a la multitud y el nombre del poeta ondea como una bandera sobre el cielo brasileño.

José Pereira Rodríguez

Montevideo

Antecedentes para una teoría educativa

VI El ser y la sumisión al objeto

(Continuación)

Hemos puntualizado ya la frecuencia e intensidad con que el objeto, ese engendro adventicio de la vida, se vuelve contra la corriente que lo informa, y termina por imponerle su necesidad referencial, desbordando su sustantivación efímera, hasta llegar a constituirse en razón última y sostén imprescindible de nuestros afanes vitales.—Esta debilidad esencial de la vida, que, como lo expresara SIMMEL, se debate en uu antagonismo bàsico entre su impulso esencial ilimitado y la imposición restrictiva y predominante que recibe de sus propios productos, se acentúa en épocas como la actual, que en su aversión a la forma como tal, carecen, por propia determinación, de cánones y formulaciones en los cuales fundamentar y precisar sus desarrollos. De esta renuncia al objeto, y en razón de su ineludible necesidad, proviene esa conciencia predominante de desposeído con que el hombre de nuestros días afronta generalmente sus problemas —Es así como prospera, por tal causa, toda ideología que se desarrolle centrada en la referida conciencia: necesidad de espacio vital (el espacio de los otros); reclamo de un reparto social (de lo que tienen otros).—Es cada vez más raro encontrar el individuo seguro de sí, afincado firmemente en su ser, soberano y señorial en sus relaciones con el prójimo; lejos de ellos, se vive con la sensación de estar encerrados en límites arbitrariamente impuestos; nuestra sensibilidad desorbitada se siente continuamente herida frente a las resistencias renovadas que ella misma se crea, en sus desvaríos y exacerbaciones; nuestros padecimientos se originan por lo que **no** somos ó **no** tenemos; se ignora el goce simple y hondo de la pequeña posesión, que nunca falta; se olvida, en un desasimiento insensato de nuestras fecundas pertenencias íntimas, que aún la más pequeña alcanza la dimensión íntegra de nuestro ser, para reclamar, ávidamente, la parte de César junto a la parte de Dios.

Bajo todos estos signos se transparenta una disgregación de la individualidad, que nos crea una desesperada necesidad de reestructurarla mediante adjunciones externas y delimitaciones excluyentes; faltos de una unidad plena e irradiante que se baste a sí misma, erigida sobre formas básicas, buscamos guarecernos en una unidad sociál y económica que nos procure una seguridad eventual, para gozar, garantidos por ese magro caudal, la ilusión de incorporaciones esenciales.—Se olvida que el hombre, en su acepción egregia, no tiene un **ser,** ni puede adquirirlo por un **tener**; que en el sentido usual, no **es** ni puede **tener** nada; que así como carece de una esencia inmutable no puede tampoco proveerse de un ámbito propio a expensas de cosas artificialmente anexionadas. Su realidad es una curva histórica, una infinita e insondable vigencia que necesita del tiempo para expandirse y del espacio para manifestarse; ni es una cosa entre otras cosas, ni un ser entre otros seres; en cada uno reside todo el ser; no careciendo de nada (aún no **teniéndolo**), viviendo plena y gozosamente, desbordándose en amor como en exceso de vitalidad y no como dádiva menesterosa, se conquista el ser,

como la más vasta riqueza, aquella que extrae de si misma, inagotablemente, su caudal infinito.

VII Superación dialéctica de lo objetivo

Una nota dominante que singulariza la actitud creadora frente a su ámbito cultural y que la provee del necesario dinamismo, es la legítima rebeldía con que se levanta contra toda sujeción rutinaria y formal, reabsorbiendo las formas inadecuadas al instante en que nacen; una acción que merezca tal nombre, aun en la escala reducida de una frase o de un simple movimiento circunstancial, debe extraer de sí la fuerza de relegar fáciles conformismos, desenvolviéndose en imprevisible novedad, con una necesidad interna que la sobrepuje. La vida se afirma en rebelión en cuanto se crea su propio ámbito y su singular itinerario; como instancia afirmativa, se complementa con una faz negativa hacia las formas de vida societarias, demasiado rígidas e impersonales, hacia las técnicas y ritos sostenidos por estructuras constantes, sin que ello signifique la mera primacía de un sentimiento de hastío ante la verdad circulante o un cansancio íntimo ante formulas restrictivas, sino que éstos nacen como correlatos secundarios de un exceso de vida legítima y autónoma, de un amor positivo a la acción creadora, de un querer radical, del cual el ser resultante es un producto inatendido.

Una decisión participa de un doble carácter de aceptación y abstención: decidirse, alerta al conflicto, es la tarea específicamente humana; el hombre, decía Nietzche, es el animal que puede prometer, o, diríamos nosotros, que puede desligarse del mundo y de sí, atravesándose ante la marea del existir, para imponerle su determinación personal; lo verdadero se modela como una irradiación personal, a la cual se someten las cosas. Las cosas mismas nacen y se constituyen en la cálida corriente de las decisiones vitales; son las necesarias referencias en las que se centra y patentiza la corriente de la vida. El yo viviente se va creando así su propia morada, poblándola de cosas y conceptos que se sostienen merced al sentido vital que les infunde. Bajo enunciados análogos, aparecen así en épocas alejadas, contenidos con distinta referencia vital; v. gr. del átomo griego al atomo actual, más que una diferencia de constitución, reconocemos un distinto sentido e importancia como base explicativa y como desenlace de procesos movidos por intereses inconmensurables. La supervivencia formal de algunas construcciones instituye una legalidad estática en cuyas redes se degradan los impulsos creadores decaídos; prepondera así la inercia de una realidad decantada por actividades inactuales; el yo vive entre sus propios residuos, atado a objetividades consagradas; la acción degenera en un funcionamiento maquinal de órganos disciplinados y amaestrados, estabilizándose en técnicas que manipulan cosas válidas por sí mismas; las palabras se independizan de sus fuentes vivas y se recombinan en una lógica operativa impersonal; caracterizamos así sobre todo, los períodos de las grandes construcciones formales de la ciencia, orbes magníficos y fríos, cuidadosamente depurados de toda intervención perturbadora del sujeto; culminación de la objetividad, en la que el yo, ansioso de potencia cósmica, se desencuentra paradojalmente con su impulso vivo. A épocas así, suceden periodos de penosa reacción, en los que se intenta un acordamiento de esas estructuras universales con la curva del desarrollo histórico del que se habían divorciado, reestableciendo un significado para la

ciencia, compatible con un destino valedero. Es posible así reintegrarse, a través de la monumentalidad de la obra humana, a una fusión simpática con la realidad, formando una unidad coherente en la que cada impulso halle su cauce adecuado.

Ante la resistencia de lo real, densificado por el reflujo de las mismas cosas que hubo de crear para proporcionar un asidero fáctico a sus afanes de integración, el hombre debe orientar su conocimiento como un hacerse continuo, que se confirma en un transcurrir perceptivo; vamos atravesando de paso verdades accesorias, cuya aparente fijeza se acompaña con una estabilización de las categorías formales del conocimiento, movidos por un afán ascendente de refundir los cuadros objetivos, reduciendo los modos operativos a los más sencillos.

Fuè en ese sentido que los modos matemáticos culminaron hace tres siglos esos esfuerzos de unificación y reducción que triunfaban en una realidad previamente reducida a lo estrictamente matematizable.—Ya con Descartes aparece un método único para una sustancia única; lo distinto se relega como mera modalidad accesoria de lo único esencial (materia y espíritu en Descartes; mónada en Leibnitz).—Con el concepto de función, lejos de la pluralidad helénica de entes separados y definidos, se funde lo particular en una formulación de alcance universal; el objeto pierde su auto—suficiencia ideal, para convertirse, referido funcionalmente a un fondo espacio—temporal, en una momentánea ocupación de un lugar, en una irregularidad perceptiva localizada dentro de un sistema de coordonadas que se amplía hasta lo infinito.—Paralelamente, el pensamiento metafísico crea conceptos referenciales a cuyo respecto se coordena la realidad entera; ya no hay ideas, a lo Platón, sino relaciones funcionales que relativizan su vigencia fáctica.—Vivir, en su màs profunda acepción, es ir replanteando esas referencias básicas, con lo que el no yo se posibilita como objeto.—No significa esa constante superación de conformaciones objetivas que el yo creador las mediatice, subestimàndolas, sino que al vivir cada etapa formal con toda la intensidad de sus impulsos, llega a agotarlas por exceso de vida y no por una reducción intelectual fría.—Cada instante y cada objeto contienen, sucesivamente, una ocasión indesplazable de experiencia integral.—Solamente en una tal inmersión, con la decepcionante frustración de los impulsos infinitos en las formas limitadas de lo momentáneo, puede originarse la honda insatisfacción que preludia las búsquedas creadoras, renovando la trágica condición en la que la necesidad de realizarse en lo limitado se enfrenta a la necesidad de expansiones universales, creciendo sobre nuestras tangibles irrealidades.—Bajo el instante advenedizo, alienta una escondida riqueza; la razón intenta reacompasarse con una metódica estructuración de infinitos desenvolvimientos; pero aún en esa inestabilidad fugitiva de las cosas, se instauran placer, saber, posesión, modos ilusorios de acallar las ansias fausticas, seducciones de lo precario y limitado, con sus engañosas promesas de goce y sus advertibles decepciones; es el amor terreno, el pecado, la caída ante la forma efímera, vaso incierto con su mentira de reposo fecundo y de eternidad.

LUIS S. SCOLPINI

ESTUDIO A LAPIZ

—He aquí—¡al fin!—un pintor que no se preocupa tanto de las teorías de la pintura, como de la pintura misma; que no cree de ningún modo necesario, para dar libre curso a sus propias tendencias, el cultivar técnicas unilaterales, el imponerse exclusiones radicales, de temas o aspectos determinados, al compás de las últimas modas de París; un pintor que no vive pendiente del cuadro que ha de preparar para el próximo Salón, sino de investigar y gustar formas y composiciones, que luego convierte en estos dibujos en los que se preanuncia plenamente el cuadro imaginado; dibujos en los que sirviéndose de un logrado equilibrio de masas y de luces, surge, como protagonista central, el cuerpo del hombre, con su insuperable plasticidad: la actitud, en la que concurren alma y músculo: la forma, que no es meramente geometría, sino penetración dinàmica en leyes inmutables, en la que la materia vive y recuoera, al asumir disposiciones hondamente significativas, el valor íntegramente estructural de lo humano.

Scolpini suscribiria seguramente la expresión del maestro Bonnard: «No comprendo como se puede prescindir de la naturaleza»; por tal motivo ha dejado transcurrir, en abstención expectante, estos últimos lustros en que la

pintura, que se enorgullecía en llamarse pura, pretendiendo despojarse de lo que consideraba ingredientes inesenciales, iba perdiendo el gusto a la traposición carnal, a la forma viva y sufriente, a la virtud evocadora de la sombra y de la alusión psicológica; todo ello se denigraba por anecdótico y circunstancial. Fuimos asistiendo en ese camino—que no sabíamos bien si era un principio o un fin—a búsquedás fecundas de elementos formales básicos, de equilibrios y simplificaciones reveladoras; se explotaron con no escaso fruto terrenos que la censura académica atrabiliaria, con sus exigencias estilísticas y temáticas, había proscripto de sus salones; se fueron evidenciando en su función constructiva, líneas, planos y volúmenes constituyentes, (los que por cierto no eran ignarados por la vieja pintura) en un alarde juvenil (¿o senil?) de capacidad analítica. Esa persecusión, muchas veces efectista, de objetivos preconcebidos, trajo como resultado un desorden estético fabuloso, desorden del que solo podrán seguramente rehacerse, quienes, regresando a las vías evolutivas normales, pugnen por reacercarse al secreto del orden maravilloso que la pintura clásica lograra establecer entre la fantasía y la realidad; quienes cumplan, además, con los requisitos indispensables que para acceder a ese orden, son, una honestidad profesional de procedimientos y un respeto constante hacia aquellos principios materiales y espirituales que, constituyendo el fondo cohesionador de nuestro acervo cultural, no deben exponerse a los azares de modas o manifiestos circunstanciales. No es posible—y aludimos a un error característico de nuestro tiempo—considerar el arte en general como un producto puro de la imaginación, casi como una abstracción intelectual; por tal error se pretende convertir la materia pictórica en un supremo ideal autónomo, de poderes absolutos, con lo cual tiende a degradar su cualidad de representación poética, en decoración o arquitectura vacía; su carácter de universalidad en placer particular de especialistas y estetas.

—Atento al incontestable origen de toda verdadera conquista, Scolpini se inspira en la realidad, para recrearla en sus aspectos esenciales. Decía Rilke: «Bajo el nombre de **naturaleza**, los pintores se figuran todo lo que el buen Dios ha hecho o pudo haber hecho, en ciertas circunstancias. Porque Dios y el artista tienen los mismos bienes y la misma pobreza, según cada cual.» La riqueza de Scolpini, reside en saber evocar esa naturaleza, de modo que sin dejar de aparecer, merced a un dibujo certero, con un realce fuertemente concreto, adquiere ese carácter espiritual y musical que representa la riqueza que Dios **pudo** haber prodigado. Esa es la sola y clásica vía por donde en la historia entera de la pintura, aunque matizándose por tantas características distintas, pueden desposarse realidad y poesía.

Los viejos maestros italianos, han enseñado a Scolpini a enfrentar la realidad sin delegar su virtud de fantasía, conservando la disposición ingenua y creadora de la mente y del alma. Ese respeto a lo clásico y a sus depuradas normas, lejos de impedir la manifestación de lo original, es la condición que lo permite, proveyendo al artista de un marco de contención para los excesos de su sensibilidad y sus veleidades, de artesano hábil. La libertad de procedimientos, si ha de tener un sentido valedero, solo es concebible que se constituya ejerciéndose sobre esos motivos indesplazables. Apartarse de las normas clásicas, implica, de algún modo, la pérdida de algún elemento valioso; las pretendidas innovaciones con las que nos inundaron los últimos decenios, por brillanles e inéditas que pudieron parecernos, están latentes—¡y con cuánta mayor riqueza!—para el que sabe apreciarla, en aquellos inagotables veneros; nadie puede renunciar, sin sufrir incontestables perjuicios, a la continuidad cultural que constituye la razón medular de nuestra tradición estética; sobre esa inagotable experiencia ha de emerger, quien haya nacido para ello, con el vigor característico de su intención creadora; no es imprescindible la gesticulación exhibicionista de un «ismo» cualquiera, ni emular servilmente los experimentos—reconozcámoslos maravíllosos—de un Picasso. Tenemos finalmente que decirlo: al artista nuestro, le falta fundamentalmente humildad ante el mundo y ante si mismo; se provee hasta saciarse de ideas, de matices, de **modos** artísticos; los pule, los deforma y conforma hasta el cansancio. pero rehuye lo esencial, el toque de realidad que aniquila esas diversiones de cocineros expertos y que penetra en la obra de arte verdadero, en alas de una emoción invencible y sobrecogedora, con la plenitud y la gravedad de un ritmo universal.

W. L.

Todo ha sido dicho ya, pero como nadie escucha, siempre hay que volver a empezar.

André Gide

* * *

La perspectiva histórica nos inmunizará contra la sugestión de desencanto que quiera infiltrarnos el Quijote. Comprenderemos que había que desengañar, por su propio bien, a los españoles de aquel tiempo. Y advertiremos, a la vez, que lo que él nuestro necesita no es desencantarse y desilusionarse, sino, al contrario, volver a sentir un ideal.

Ramiro de Maeztu

* * *

La existencia es distancia, la existencia es la rajadura en la porcelana del ser.

Rainer María Rilke

Cuando el poeta calla

Toda la noche en su cauce se adormece;
hasta en ella, las más evanescentes
las más ligeras de las sensaciones.
Morir de rosas y morir de sueños
olvidados, y ese tu cálido mirar huído
hacia las ásperas aristas que yo ignoro.

Por qué, si la noche es tan humilde
que tiembla, y su cauce tan hondo,
tú no estás a mi lado . . .

Aún soy el poeta que calla y tengo
hasta los párpados bajos.
He dejado de jugar a la vida y a la muerte
y no comprendo ya ni mi voz ni
mis manos.

Perdidas lejanías me llaman sin que sepa.
Tan sólo soy un niño
en el temor confuso de una noche
a la que se ha entregado
este divagar lento, ingenuo y pesaroso.

La noche, en su cauce más hondo,
ya no tiembla.
Y el ángel Eloá, la lágrima de Cristo,
pasa meciendo nuestros
dolientes y cansados
pecados.

Oh triste, ¡triste aún el poeta que calla!
Perdido entre sus redes, huído de lejanos,
es Lázaro: regresa, pálido en su sudario.
con el trágico signo fulgiéndole en la frente.

Marta Larnaudie

CARLOS BAUDELAIRE

DEL COLOR

Supongamos un gran espacio de naturaleza en qus tode verdea, enrojece, pulverízase y tornasolea en plena libertad, en que todas las cosas, diversamente coloreadas según su constitución molecular, trasmutadas segundo a segundo por el desplazamiento de la sombra y de la luz, y agitadas por el trabajo interior del calórico, se hallan en perpetua vibración, vibración que hace temblar las líneas y completa la ley del movimiento eterno y universal. Una inmensidad, azul a veces y a menudo verde, se extiende hasta los confines del cielo: es el mar. Dos árboles son verde, verde el césped, verde el musgo; el verde serpea por los troncos, los tallos no maduros son verdes; el verde es el fondo de la naturaleza, pues el verde intima fácilmente con los otros tonos. Lo que primero me asombra es que por todas partes—amapolas en el césped, adormideras, papagayos, etc.,—el rojo canta la gloria del verde; el negro—cuando lo hay,—cero solitario e insignificante, intercede el socorro del azul o del rojo. El azul, es decir, el cielo, cruzado por ligeros copos blancos o grises masas que empapan afortunadamente su melancólica crudeza,—y como el vapor de la estación—invierno o verano,—baña, dulcifica, o sume los contornos, la naturaleza se asemeja a una perinola que, movida por una velocidad acelerada, nos aparece gris, aunque en sí resuma todos los colores.

La savia sube y, mezcla de principios, expándese en **tonos mezclados**; los árboles, las rocas, los granitos se miran en las aguas y en ellas depositan sus **reflejos**; todos los objetos transparentes enganchan al paso luces y colores cercanos y lejanos. A medida que el astro del día se trastorna, los tonos cambian de valor, aunque, respetando siempre sus simpatías y sus odios naturales, sigan viviendo en armonía por concesiones recíprocas. Las sombras se desplazan lentamente, y hacen huir delante suyo o extinguen los tonos a medida que la luz, desplazada ella misma, quiere hacerlos resonar de nuevo. Estos tornan a enviarse sus reflejos, y, modificando sus cualidades, como **congelándolas** con cualidades transparentes y de préstamo, multiplican al infinito sus melodiosos mirajes y los vuelven más fáciles. Cuando el gran hogar desciende en las aguas, rojas fanfarrias brotan por todos lados; una sangrante armonía estalla en el horizonte, y el verde se empurpura ricamente. Pero enseguida vastas sombras azulosas expulsan en cadencia delante de sí la multitud de tonos anaranjados y rosa tierno que son como el eco lejano y debilitado de la luz. Esta gran sinfonía del día, que es la eterna variación de la sinfonía de ayer, esta sucesión de melodías, en que la variedad surge siempre del infinito, este himno complicado, se llama: el color.

Se encuentra en el color la armonía, la melodía y el contrapunto.

Si se quiere examinar el detalle en el detalle, sobre un objeto de mediocre dimensión, por ejemplo, la mano de una mujer un poco sanguínea, un poco magra y de una piel muy fina, se verá que hay armonía perfecta entre el verde de las fuertes venas que la surcan y los tonos sanguinolentos que marcan las junturas; las unas rosadas resaltan sobre la primera falange que posee algunos tonos grises y pardos. En cuanto a la palma, las líneas de la vida, más rosadas y más vinosas, están separadas las unas de las otras

por el sistema de las venas verdes o azules que las atraviesan. El estudio del mismo objeto, hecho con una lupa, proveerá en no importa qué espacio, incluso el más pequeño, una armonía perfecta de tonos grises, azules, pardos, anaranjados y blancos caldeados por un poco de amarillo; armonía que, combinada con las sombras, produce el modelado de los coloristas, esencialmente distinto del modelado de los dibujantes, cuyas dificultades se reducen casi a copiar un yeso.

El color es, pues, la concordancia de dos tonos. El tono cálido y el tono frío, en cuya oposición consiste toda la teoría, no pueden definirse de una manera absoluta no existen más que relativamente.

La lupa, es el ojo del colorista.

De ello no deduzco que un colorista deba proceder por el estudio minucioso de los tonos confundidos en un espacio muy limitado. Pues admitiendo que cada molécula esté dotada de un tono particular, sería necesario que la materia fuera divisible al infinito; y por otra parte, no siendo el arte más que una abstracción y un sacrificio del detalle al conjunto, importa sobre todo ocuparse de las masas. Pero quiero probar que, de ser el caso posible, los tonos, así fueran más numerosos, aunque lógicamente yuxtapuestos, se fundirían naturalmente por la ley que los rige.

Las afinidades químicas son la razón por la cual la naturaleza no puede cometer faltas en el arreglo de estos tonos; ya que para ella forma y color son una sola cosa.

El verdadero colorista no puede tampoco cometerlas; y todo lo está permitido, pues conoce innatamente su gama de los tonos, la fuerza del tono, los resultados de las mezclas, y toda la ciencia del contrapunto, y puede así hacer una armonía de veinte rojos diferentes.

Tan verdadero es esto, que si a un propietario anticolorista se le antojara repintar su campo de una manera absurda y en un sistema de colores chariváricos, el barniz espeso y transparente de la atmósfera y el ojo sabio del Veronés reharían el todo y producirían sobre una tela un conjunto satisfactorio, convencional sin duda, pero lógico.

Esto explica cómo un colorista puede ser paradójico en su manera de expresar el color, y cómo el estudio de la naturaleza conduce a menudo a un resultado harto distinto de ella.

El aire representa un tan grande papel en la teoría del color, que si un paisajista pintara las hojas de los árboles tal cual las ve, obtendría un tono falso; considerado que hay un espacio de aire mucho menor entre el espectador y el cuadro que entre el espectador y la naturaleza.

Las mentiras son continuamente necesarias, incluso para llegar al **trompe-l'oeil**.

La armonía es la base de la teoría del color.

La melodía es la unidad en el color, o el color general.

La melodía exige una conclusión; es un conjunto en el que todos los efectos concurren a un efecto general.

Así la melodía deja en el espíritu un recuerdo profundo.

A la mayoría de nuestros jóvenes coloristas les falta melodía.

La buena manera de saber si un cuadro es melodioso, es la de mirarlo desde bastante lejos, como para no comprender ni su tema ni sus líneas. Si es melodioso, posee ya un sentido, y se ha situado en el repertorio de los recuerdos.

El estilo y el sentimiento en el color provienen de la elección; y la elección, del temperamento.

Hay tonos alegres y alocados, alocados y tristes, ricos y alegres, ricos y tristes, comunes y originales.

Así el color del Veronés es calmo y alegre. El color de Delacroix es a menudo doliente y el color del Sr. Catlin a menudo terrible.

He tenido durante largo tiempo delante de mi ventana una taberna a medias verde y rojo crudos, que eran para mis ojos un dolor delicioso.

Ignoro si algún analogista ha establecido sólidamente una gama completa de los colores y de los sentimientos, pero recuerdo un pasaje de Hoffman que expresa perfectamente mi idea, y que gustará a todos los que aman con sinceridad a la naturaleza: «No es sólo en sueños, y en el ligero delirio que precede al dormirse, es todavía despierto, cuando oigo música, que encuentro una analogía y una reunión íntima entre los colores, los sonidos y los perfumes. Me parece que todas estas cosas han sido engendradas por un mismo rayo de luz, y que ellas deben reunirse en un maravilloso concierto. El olor de las caléndulas pardas y rojas produce sobre todo un efecto mágico en mi persona. Me hace caer en un profundo ensueño, y oigo entonces como en la lejanía los sones graves y profundos del oboe.»

Se pregunta a menudo si el mismo hombre puede ser a la vez gran colorista y gran dibujante.

Sí y no; pues hay diferentes especies de dibujos.

La cualidad de un puro dibujante consiste sobre todo en la finura, y esta finura excluye el toque: ahora bien, hay toques felices, y el colorista encargado de expresar la naturaleza por el color perdería a menudo más en suprimirlo que en buscar una más grande austeridad de dibujo.

El color no excluye ciertamente el gran dibujo, el de Veronés, por ejemplo, que procede sobre todo por el conjunto y las masas, sino el dibujo del detalle, el contorno del pequeño trozo, en el que el toque roerá siempre la línea.

El amor al aire, la elección de temas móviles, piden el uso de líneas flotantes y sumergidas.

Los dibujantes natos obran según un procedimiento inverso y no obstante análogo. Atentos a seguir y a sorprender la línea en sus ondulaciones mas secretas, les falta tiempo para ver el aire y la luz, es decir sus efectos e incluso se esfuerzan en no verlos, para no dañar el principio de su escuela.

Se puede pues ser a la vez colorista y dibujante, pero en un cierto sentido. Del mismo modo que un dibujante puede ser colorista en cuanto a las grandes masas, puede un colorista ser dibujante por una lógica completa de las líneas; pero una de estas cualidades absorbe siempre el detalle de la otra.

Los coloristas dibujan como la naturaleza; sus figuras son naturalmente delimitadas por la lucha armoniosa de las masas coloreadas.

Los dibujantes natos son filósofos y abstractores de quintaesencia.

Los coloristas son poetas épicos.

Trad. H. Peduzzi Escuder

HERMANN HESSE (Premio Nobel 1945)

Recordando a Knulp

(Meine Erinnerung an Knulp)

Traducción del alemán por: H. PEDUZZI ESCUDER

—Sí, y te diré por qué. He hablado ya con mucha gente y he escuchado muchos discursos. He oído párrocos, maestros, alcaldes, social-demócratas y liberales; pero ninguno poseía de corazón lo que decía, ninguno dado el caso hubiera derramado su sangre en holocausto a su sabiduría. En el Ejército de Salvación, al contrario, con toda su algazara y jaleo, tres o cuatro veces he visto y oído gentes que se tomaban la cosa en serio.

—¿Cómo lo sabes?

—Es algo que se siente. He visto a uno, por ejemplo; en una aldea, un domingo, al aire libre, entre el polvo y el calor, pronunciaba un discurso, casi por completo ronco. ¡No tenía el aspecto de sentirlo! Cuando ya no podía proferir palabra dejaba que sus tres camaradas cantaran un versículo y tomaba un sorbo de agua. Lo rodeaba la mitad de la aldea; niños y adultos lo tenían por un loco y se burlaban de él; detrás suyo se hallaba un criado que tenía un látigo y lo chasqueaba en el vacío de tiempo en tiempo, para incomodar al orador, mientras los otros soltaban la carcajada. Pero el pobre hombre no se irritaba, aunque no tuviera nada de tonto, sino que con su vocecita abríase paso, y sonreía allí donde otro hubiera llorado o renegado. Es necesario tener en sí una gran claridad y una certidumbre para llegar a ésto.

—Concedido. Pero no a todos sentaría bien. Un alma sensible y fina como la tuya no se avendría a aquella algazara.

—Tal vez. Si él está seguro de algo y lo posee, ello le parecerá más precioso que la delicadeza y la sensibilidad. Lo que sienta bien a uno no sienta a otro, pero la verdad conviene a todos.

—¿La verdad? ¿Cómo sabe uno que estas gentes, con sus aleluyas, poseen la verdad?

—Uno no sabe nada de cierto. Yo digo simplemente, que si alguna vez hallara que entre ellos está, no vacilaría en unirse a ellos.

—Sí... Pero tú descubres una nueva sabiduría cada día, que a la mañana siguiente ya no valoras.

El me miró sorprendido, —Has dicho algo grave.

Yo quise excusarme, pero él se defendió y permaneció silencioso. Poco después me dió suavemente las buenas noches y quedóse inmóvil, aunque no creo que durmiera. Por mi parte, me sentía demasiado viviente todavía y permanecí más de una hora acodado sobre el suelo, mirando el campo entre la noche.

* * *

A la mañana siguiente vi, de inmediato, que Knulp estaba en su buen día. Se lo dije, y brillaron, al mirarme, sus ojos de niño:

—¡Acertaste! ¿Sabes tú de qué proviene que uno tenga un buen día?

—No.

—Es menester haber dormido bien y haber soñado algo hermoso. A veces ni se necesita saberlo. Es lo que me sucede hoy. No he soñado más que magnificencias y goces, pero he olvidado todo y sólo sé que era primorosamente bello.

Y antes de que hubiésemos llegado a la aldea más cercana, sin desayunarnos, él cantó con su cálida, ligera, fácil voz tres o cuatro flamantes canciones que se perdieron en la sobria frescura matinal. Anotadas o copiadas, estas canciones, no las evocaría, quizá, mejor. Aunque Knulp no era ningún gran poeta, distaba con todo de ser uno pequeño, y mientras él las cantaba, se veía a sus más hermosas cancioncillas asemejarse, a menudo, a sus hermanas mayores. Y particularmente los lugares y versos que he retenido son en verdad bellos y para mí aún de valor. Nada era copiado, y sus versos venían, vivían y morían leves y sin pena, como soplan las brisas, pero nos hicieron hermoso y amable, no sólo a mí y a él, sino a muchos, otros, a niños y mayores, más de un cuarto de hora.

Claro y dominguero
como una señorita que sale de paseo
pasa rojo y sin embargo orgulloso
por sobre el bosque de abetos.—

así cantaba él al sol todos los días, el sol que en sus canciones aparecía a menudo, siempre ensalzado y en particular, no bien en la conversación se dejaba llevar por su inclinación a especular, tan espontáneos eran sus versos, que brincaban como limpios niños con claros vestidos estivales. A menudo eran también graciosos sin sentido y servían sólo para ese fin, el de hacer brotar una loca alegría.

Aquel día se me contagió su buen humor. Saludábamos y hacíamos burla de todos aquellos con quienes nos encontrábamos, de modo que detrás nuestro oíamos ya risas, ya injurias, y la jornada íntegra se nos pasó como una fiesta. Nos contábamos chascos y bromas de la escuela, les colgábamos apodos a los campesinos y también a sus rocinos y bueyes, comimos hasta hartarnos grosellas robadas tras un escondido cerco, mientras nos dábamos de hora en hora un descanso.

Me parecía que nunca había encontrado, en nuestra reciente relación, a Knulp tan fino, tan amable y divertido, y me alegraba pensando que de ahí en adelante nuestra vida en común, nuestras correrías y regocijos no se interrumpirían.

Hacia el mediodía la atmósfera se hizo pesada, y estuvimos más acostados en el césped de lo que marchamos; al atardecer mostráronse densos vahos de tempestad, por lo que resolvimos pasar bajo techo la noche.

Knulp tornóse poco a poco más calmo y un poco cansado, lo que yo apenas noté, pues él todavía reía de todo corazón, acompañaba mis canciones, y yo mismo estaba cada vez más a mis anchas, mientras sentía prenderse en mí, unos tras otros, fuegos de alegría. Quizá lo contrario de lo que le sucedía a Knulp, en quien las luces festivas comenzaban ya a extinguirse. Así me aconteció siempre: al terminar de una gozosa jornada me volvía cada vez más vivaz e insaciable; sí, a menudo erraba, sólo y excitado, por la noche, durante horas, en busca de goces, mientras los otros, mucho antes ya exhaustos, dormían.

Esta gozosa fiebre vesperal se apoderó de mí aquella vez, y regustando por anticipado los placeres nocturnos que me prometía, descendimos a una importante aldea. Primero elegimos un troje aislado, de fácil acceso, para albergue de noche, luego entramos en la aldea y al jardín de una buena posada, pues por hoy yo convidaba a mi amigo y pensaba pagar una tortilla y un par de botellas de cerveza, ya que era día de fiesta.

Knulp había aceptado gustoso la invitación. Pero cuando hubimos tomado sitio, debajo de un hermoso plátano, en la mesa del jardín, dijo con fastidio:

—¡No querrás que comencemos una borrachera! Una botella de cerveza la bebo con gusto porque hace bien y es para mí un placer, pero apenas si puedo aguantar más.

No insistí, pensando: Beberemos mucho o poco, según nos plazca. Comimos la tortilla caliente y un fresco vigoroso, moreno pan de centeno, y yo, por supuesto, me hice traer una segunda botella de cerveza, mientras Knulp tenía la suya aun llena hasta la mitad. Me sentía como si estuviera sentado frente a una mesa opípara y señorial, con el corazón contento, y pensaba disfrutar a mi sabor del momento.

Cuando Knulp vació su botella, no tomó, a pesar de mi insistencia, una segunda, sino que me propuso vagar

un poco por la aldea e ir después a dormir temprano. No era mi propósito, aunque no quise contradecirle. Como mi botella no estaba vacía, no tuve inconveniente en que él partiera primero, ya nos encontraríamos después.

Se fué. Le seguí con la mirada. Iba con su paso despreocupado, apacible, de hombre en víspera de fiesta, una flor de aster en la oreja, escaleras abajo hacia la avenida y poco a poco se perdió barzoneando pueblo adentro. Y a pesar de haberme disgustado el que se rehusara a vaciar otra botella conmigo, pensé al mirarlo, regocijado y tierno: "Eres todo un hombre".

La atmósfera se tornaba cada vez más sofocante, a pesar de que el sol había desaparecido. Me gustaba con un tiempo semejante sentarme tranquilo delante de una bebida fresca, y me instalé en mi mesa para permanecer allí. Como era casi el único huésped, la camarera tuvo tiempo de sobra para charlar conmigo. Me trajo de regalo cigarros de los que aparté al principio uno para Knulp, por más que después en el olvido me lo fumara.

Al cabo de una hora retornó Knulp a buscarme. Con todo yo ya me había establecido en el lugar, y como él estaba cansado y con sueño, convinimos en que él iría a nuestro transitorio alojamiento. Partió, pues. No bien se hubo ido, la camarera empezó a interrogarme acerca suyo, ya que él impresionaba a todas las muchachas. Nada tenía que objetar, Knulp era mi amigo y la camarera no era mi querida. Lo elogié con entusiasmo, pues me sentía bien y deseaba el bien para todos.

Comenzó a tronar y un viento ligero agitó el plátano, de modo que al fin decidí ponerme en marcha. Pagué, dí la propina a la muchacha, y seguí sin premura mi camino. En ruta comprendí que había bebido una botella de más, máxime habiendo vivido los últimos tiempos sin alcohol. Esto no hizo más que alegrarme, pues la soportaba bien, y canté todo el camino, hasta que hube llegado a nuestro alojamiento. Subí a él, entré en silencio, y encontré a Knulp dormido. Estaba acostado en mangas de camisa sobre su chaqueta parda y respiraba pausadamente. Su frente, el cuello descubierto y una de las manos, que reposaba a cierta distancia, irradiaban en la triste penumbra un pálido reflejo.

Me acosté vestido, pero la excitación llegaba a la cabeza y me despertaba a cada momento; amanecía cuando, al fin, me dormí profunda y pesadamente. Dormía como una piedra y sin embargo... estaba cansado y flojo y tuve confusos, atormentantes sueños.

Me desperté muy tarde, ya en pleno día, y la clara luz hirió mis ojos Mi cabeza estaba vacía, enturbiada, y mis miembros cansados. Bostecé largamente, me restregué los ojos y estiré los brazos hasta que crujieron las articulaciones. Pero a pesar del cansancio quedaba todavía en mí un resto y eco de nuestro humor de la víspera y pensaba lavar mi pequeña desgracia en la fuente clara más próxima.

Sucedió de otro modo. Al mirar en torno mío, no vi a Knulp. Lo llamé, silbé, al comienzo sin inquietud mayor. Pero cuando los llamados y búsquedas se revelaron vanos, me convencí, de pronto, que él me había dejado. Sí, había partido, a escondidas había seguido su camino, no había querido permanecer más tiempo a mi lado. Quizá porque le disgustó mi beber de la víspera, quizá porque le avergonzaba haberse mostrado tan excesivamente alegre, quizá sólo porque era su capricho del momento, quizá por parecerle mi compañía dudosa o porque de pronto la soledad le fué necesaria.

Pero sin duda la culpa la tenía mi beber.

La alegría me abandonó, y quedé triste y avergonzado. ¿Dónde estaba ahora mi amigo? A despecho de sus discursos, había creído comprender algo de su alma y compartirla. Ahora él estaba lejos, yo solo y defraudado, debía echarme las culpas y sólo tenía para alimentarme la soledad, en la cual según Knulp cada uno vivía y en la que no había querido creer. Amargo era, y no lo fué sólo este día; si es cierto que muchas veces se atenuó, nunca me ha abandonado por completo desde entonces.

DARDO RAZQUIN

Fragmentos de un trabajo más extenso Traductore tradictore

Se piensa en español, se piensa en francés, en alemán, en griego, etc., etc.; pero también se piensa «en lenguaje» y—por si no lo saben—se piensa «pinturalmente», «musicalmente», «arquitectoralmente», «esculturalmente» y hasta «cerámicamente» y—asómbrense, porque ésto va lejos– se piensa «danzalmente»; se piensa desde el óleo, desde el piano, desde el ladrillo o la piedra, desde la línea o la luz o el ritmo.

¿Estoy diciendo se piensa ?.

No quiero decir se piensa; entiéndase bien. Se piensa para uno, se piensa desde el grupo; desde la colectividad.

Y es distinto el pensar desde la acuarela o el pastel, desde hoy o desde mañana, desde el retrato o el paisaje, desde el dolor o desde el goce, desde el odio o desde el amor.

¿Cuál anda en lo justo?

¿En lo justo?

No sé con qué palabra preguntar. Decir ¿Cuál está en la verdad?, sería ya una enormidad.

A esto que contesten «los infalibles». Traductore tradictore.

El pensamiento cuando se baña en la vida tiene una nodriza: la materia con que lucha, el objeto que ama.

Hay materias y por ahí sentidos; qne el pensamiento puede tomar.

***

Como una carta.

.... porque todo rostro tiene una expresividad profunda.

El autorretrato es un tesoro íntimo. (Piénsese en Rembrandt).

Secreto lentamente conquistable: variación que va madurando en los años.

***

La vejez sobreviene; pero el rostro sigue madurando como obra lograda que se acerca a su fin sin vejez.

***

La mayor desgracia ha de ser morir con el rostro pintón.

***

Para los que tienen terror a lo anecdótico, allí, en el autorretrato tienen la música de cámara. Un Rembrandt o un Van Gogh por dentro; por ejemplo.

***

Poniéndonos todos de acuerdo ¿no podríamos llamar al autoretrato un tema «legítimo» de la pintura?

***

Suponiendo que nunca se hubiera exagerado cuando se habla de «lo anecdótico».

Hasta he visto que a Figari lo designan literato.

El que haya trabajado en «lo anecdótico» habrá percibido que «la imagen del arte» empuja al «tema» hacia una zona secundaria.

***

La Pintura se logra y trasciende el oficio cuando se ha penetrado en un **Sentido de la pintura.**

He observado las resistencias terribles, de hierro, que pone el ejercicio hacia lo terminado, hacia una pintura y dibujo reglados. Las disciplinas y lo normativo son comunmente mal entendidos por los que pintan....

Es necesario insistir siempre, hasta quemar, que la experimentación del error es ineludible.

Puede, supongo, hasta quedar vedada uua gran originalidad en germen, aún cuando se ejercite en la pintura por el solo hecho de una falta de Decisión, de Ruptura, que he intentado caracterizar en alguna medida como caprichosa (en otra parte)

***

Nota 1.—Una cultura ingresa en la Historia con todas las potencias de sus ingenuidades originales, con los preciosos rastros salvajes de sus orígenes primarios y, además, con la espantosa y formidable carga de disparates e imagineros,

Nota 2.—Hay como una especie de ley por la cual las grandes potencias creadoras—sea el caso de un pueblo o de un hombre—se salvan a pesar de las caídas, de los grandes errores; pero cuando hay caídas y no cuando no las hay las joyas más preciosas nacen casi siempre de los golpes más duros, de los ejercicios y esperas más desconsoladoras.

***

La pintura, más que ningún otro arte (a pesar de ser ecencial a todos) exige la apreciación como fenómeno de conjunto.

Siempre, en pintura, a pesar del valor de la obra aislada se necesita con más razón que en otros modos del arte; un recorrido total.

Sin duda hay tipos de pintura que así lo exigen en mayor grado que otros. Son ciertas modalidades diríamos orgánicas que van dando «celularmente» los elementos variados de complejidades muy ricas.

En otros se manifiesta el fenómeno de máxima concentración hacia determinados y pocos trabajos, de modo que se puede distinguir con plena evidencia entre lo que es secundario; evolucionario en un sentido de suplemento, evaluable con todo.

En el otro caso todo ensayo es un apuntar tal que las distintas obras son desisiones y contactos entre sí, lo que hace que las reparaciones tendientes a la valorización escalafónica se hagan difíciles, o no interesan.

***

El hombre no hace fundamentalmente lo que sabe hacer, o lo que puede llegar a saber hacer, sino especialmente lo que tiende a expresarlo.

«... No vale querer persuadir de estas pruebas, aunque sea quizá el juego más peligroso que se pueda practicar y que en suma, no se trata más que de **ensayos** cuyos únicos testigos somos nosotros y nadie es el juez»—Nietzsche: «Más allá del Bien y del Mal» 41 de «El Espíritu Libre».

(Continuará)

DOELIA CITERA FAROPPA

Algunos aspectos y algunos problemas psicológicos del adolescente

El niño vive el lapso correspondiente a su infancia y a su puericia, en relativa quietud anímica, comparado con el período que sigue: la adolescencia. Su curiosidad no es la angustia del no conocer a tiempo, sino, mejor, el estímulo que le producirá la satisfacción de un triunfo: vencer una ignorancia. Cree con facilidad la palabra de sus mayores. Siente el descanso que le brinda una protección segura. Su egocentrismo no le deja ver el verdadero problema del mundo circundante y él. Problema doble: de aquél a éste, y de éste a aquél.

De pronto, aunque siempre entre una etapa de la vida y la siguiente, haya un espacio de transición, me atrevo a repetir: **de pronto**, la adolescencia surge en el niño Ha terminado la puericia. Vida comprendida entre los siete y los doce años (con la elasticidad que tiene todo límite de edad en estos casos, y la atención a la diferencia del sexo).

Ante el adolescente se abre el problema del mundo, y el de su mundo individual. Como nunca hasta ahora aprecia a su yo. Lo aprecia con nueva conciencia. Ya no es el egocentrista de los siete años. Siente la responsabilidad presente y futura sobre sí mismo. Hay que conquistar un mañana. Intuye el peligro de la equivocación, del error. Teme. El temor que no confiesa a nadie. Que quiere esconder a sí mismo. Por ello, nunca se lo confiesa con palabra, con imagen, ni concepto claro. Lo «siente» y desea ignorarlo La ignorancia es para algunos una forma del no ser. Con ella, sin embargo, no logrará destruirlo. Lo combatirá con voluntad. Lo vencerá en la acción.

Busca confianza en el mundo circundante, y he ahí que la desconfianza le roe la fe que había encontrado para muchos de los valores humanos hallados en su niñez. Duda de todos y de todo Debe constatar cada **verdad**, otra vez, y por sí solo. Creer en el **hombre** Religión que fortalece la vida individual y da las posibilidades necesarias para ser, a la social. Para ser, en el mundo de lo bueno.

Duda de todos, he dicho anteriormente y no puedo continuar, sin destacar esa desconfianza que el adolescente muestra hacia la palabra de sus padres, maestros, etc. Además de su realidad bio-psicológica, influye en ello su reciente experiencia: lo engañaron ayer. Le escondieron la explicación veraz por la falsa que aceptó su ingenuidad, casi diría, su infancia. El complejo de inferioridad se hace sentir. Hoy, «grande», no puede ser **víctima** de nuevo y cariñoso engaño: Su yo, su nuevo yo, el que acaba de descubrir, y asienta sobre nuevos valores, porque nuevos valores lo constituyen, no puede aminorarse, por dejarlo sufrir las consecuencias, y por el **hecho mismo**, de creer en una mentira intencionada (así lo **ve** él), con la cual quieren ocultarle lo cierto, de alguna parte de ese mundo objetivo, bañado por él de subjetividad en la apreciación, que desea analizar hasta su más profunda y pequeña fibra;

Debe defenderse, y defenderse solo.

Así lo entiende. Así, piensa, se lo impone la necesidad y se lo impone antes, el **deber**. (Solo, entre mucha gente).

Una nueva cenestesia, avivada y cambiada por una vida biológica diferente, en la cual están jugando papel preponderante, hormonas hasta ahora desconocidas, trae como consecuencia distintas reacciones: una simpatía por su ser físico, o, al contrario, un sentimiento de extrañeza que turba. Por lo general estos aspectos alternan o coexisten. De allí, entre otros motivos, sus expresiones de agrado o desagrado con el medio. Quien no ha logrado su armonía interior no la puede esperar con la sociedad. Menos, si, como en la generalidad de los casos, el ambiente no facilita ese encontrar la unidad de uno mismo, que es necesidad fundamental del adolescente.

Este muestra siempre un carácter tornadizo. Alegre o Triste. Optimista o atormentado por el más intenso pesimismo. Sus padres se extrañan de ello. Olvidan o ignoran que es una de las aristas propias de esa edad. Está en la naturaleza misma de su cenestesia. No puede evadir a esos cambios ciclotinicos, que son un signo grabado por la fatalidad de su bio—psicología ante todo.—

Además, quién no se torna variable ante un problema electivo como el que se le presenta al adolescente ?. Hay que escoger. Buscar el camino a seguir. Hasta hoy se movió de la mano. El instante obliga ya a transitar solo. La vida empuja como nunca. Las sendas son muchas. Se quiere la mejor. ¿ Cuál Será ?. Elegir.—El que elige siempre renuncia a algo. A lo que debe? A esta interrogación responde con exactitud el tiempo, pero....tarde. Espectativa. Hesitación. Complejo es el problema de la adolescencia. Combinación de muchos y muchos simples.

Sensible. Hipersensible. Ya se desprende de lo dicho Todo lo zahiere. La injusticia deja el sabor amargo del dolor y del rencor en su boca. Sabor que casi siempre, aún encuentra la edad madura. No se extingue.

Es efectivo. Siente la necesidad del cariño que se da y del que se recibe. Su biología lo lleva a ello, pero también su espíritu. No olvidemos lo primero, ni tampoco lo exageremos, debilidad de algunos estudios psicológicos.

Lo aparentemente curioso, es que a pesar de ello, se aleja de los afectos familiares. A ellos adhirió, por así decir, durante todos los años vividos. La madre se queja del hijo que ya no la quiere. A veces, olvida la más elemental bondad para con los animales Hasta hace alarde de sus crueldades.

Todo es lo mismo, diría yo, adolescencia El enfriamiento, más ficticio que nada, de los afectos hogareños, obedece a causas nada simples, pero explicables. Librarse de la tutela de los padres. No ser mandado. Y aunque parezca duro, lograr estimas conquistadas por él. Siempre igual. Probar su alcance.

En cuanto a sus crueldades, son válvulas de escape, del fondo oscuro, dejado por ataques (reales o imaginados) recibidos en su persona. Ataques de los cuales ha sido, o cree haber sido, la víctima única.

Insconstancia, angustia, hiper-sensibilidad, rebeldías, autodisminución o elevación del yo, inseguridad disfrazada de fuertes convicciones ante las soluciones que pide la vida, intolerancia, desprecio para todo aquello que sea tradición, anhelo de forjar las horas, y falta de energía para una lucha constante, o deseo de un «no ser» que brinde la paz del sueño tranquilo. Mil incompatibilidades que se presentan, se alejan por momentos, y vuelven. Así vive el adolescente, en continua inquietud, buscando la armonía de su ser biológico, con su ser subjetivo, con su actitud ética y con su ser lógico, en el mundo social que integra, discriminando siempre sobre los nuevos valores, muchas veces encontrados, que surgen diariamente de todos y cada uno de ellos.

¡Qué difícil es esta situación del adolescente! ¡Qué fuertes se muestran en ella las nuevas vivencias!

Donde el problema se torna más arduo, donde no logra armonizar sus sentimientos con las exigencias de la vida, es donde menos se atreve a volcarse en juicios al mundo exterior. Con el esímulo de ese silencio trabaja, afiebrada, su imaginación. Sueña, se exalta, se sumerge en la reflexión llevado por su anhelo intelectualista, pero siempre en él. Porque así lo determina su naturaleza psico-biológica, porque a ello lo conduce el medio, al haber agigantado su temor al ridículo, aumentado el sentimiento del pudor, dilatado su desconfianza. Porque a ello, también, lo llevan las consecuencias de una educación equivocada, que ahora, lo tienen envuelto en un desconcierto inmenso, ante las respuestas que diariamente le exige su conciencia, para elaborar la ética con la cual se presentará frente a todos los conflictos que la vida le brinde La que le dará su línea de conducta: dirección y sentido. Ella no puede ser **tomada** íntegramente, de la tradición.

De todos los ángulos de su existencia, nace la reserva del adolescente. Reserva que al acrecentar exageradamente una vida interior de expectativa de miedo, de angustias, y de grandes aspiraciones, ofrece el peligro de minar la voluntad. Fomentar, otras veces, un amor propio, enfermo por el miedo de no llegar al triunfo que en el sueño se vive. Porque, como dice Aníbal Ponce, el adolescente no es un esquizofrénico. Su vida interior no es un sustituto de la realidad. Su anhelo más vivo, consiste en la transformación de esos sueños en realidad. Del sueño a la acción. Por la acción, la obtención del objeto. Pero es indudable que ese sumirse, con gozo o dolor, en las escenas de su teatro imaginativo, puede hacer de él un hombre débil para el realizar. Un ser que oculta su fracaso en la ilusión del es, de aquello que por él, **no es**.

Sumido en esa vida interior, el adolescente pierde a veces su unión con el medio. Se distrae. Sentado en su sala de clase, está ausente de ella. Si se le llama, se sorprende. Su sorpresa, es el choque con esa realidad que había olvidado.

La conversión de su ideal en verdad objetiva será su gran éxito. Hay que ayudarlo en ello. Convencerlo de que es capaz. Capacidad dignificante, que no ha de envanecerlo.

Favorecida por esa reserva excesiva, mencionada, la intolerancia, pone su color de imposible combinación, en el carácter. Falta de consideración con el prójimo. Falta de fuerza en el sentimiento social. (El individualismo es tiránico en esta época de la vida). Deseo de imponer su palabra. Hacer oir su opinión. Indudablemente, hay aquí, además, una manera de «sentirse» a sí mismo y hacerse «sentir». Una forma de mostrar a todos (a su «yo», inclusive) que se es alguien. Que no se sucumbe bajo el peso de ese mundo grande que se ha desplegado ante el suyo. Mundo al cual el seguirá en su movimiento, pero, respetando el propio.

«Sentirse a sí mismo».... Qué difícil, cuando se ambiciona tanto, y la vastedad y la profundidad del escenario lo vuelve punto en su medio. Cuando hay que verse adulto; y el adulto lo sigue considerando niño.

¿Cómo no ser rebelde? Cada rebeldía es una prueba, acertada o no, de sus fuerzas. Pruebas que no deben ahogarse con la puerta metálica de la orden, o la atmósfera enrarecida de una superioridad agobiante regalada gratuitamente por aquellos que han vivido más, o a quienes una situación x favorece.

A. KLINGLER.

La enseñanza del idioma según F. Brunot

(Continuación)

¿Es posible hacer un capítulo de los Grados del adjetivo, que trate de los grados del adverbio y del sustantivo, del empleo y de la elección de los adverbios de cantidad, de «mème», esencialmente comparativo, y de veinte otras cosas? ¿Se puede componer un capítulo que trate del imperativo en el que figuren los futuros y los infinitos que ordenan, y además todas las palabras o grupos de palabras expresando una orden como: Silencio! Fuera! Arma al hombro! Mantenerse en pie! donde, entre los pedidos, las exclamaciones que exigen, aconsejan, suplican, acompañadas de las fórmulas que la convierten en reivindicaciones o en ruegos, los condicionales y los imperfectos de pedidos vergonzosos en desorden, se agrupen todas las invenciones de la vulgaridad, todas las sutilezas de la cortesía? ¿Con qué artificio uniremes esta copia de expresiones, ese formulario social complicado en el que una raza refinada ha puesto su impresión, y siglos de vida común sus marcas diversas, a este pobre Imperativo, sin personas, (3) casi sin tiempo, mutilado, remendado, que a veces se encuentra, aunque muy raramente, en este laberinto?

Una exposición tal sería un compuesto de apéndices, un monstruo contrahecho cuyas hinchazones y jorobas saltarían a la vista.

Y sin embargo, las gramáticas deben contener el lenguaje ¿de qué manera?

Entre las formas más diversas de la expresión, entre los signos más dispares, existe una unión: la idea común que esos signos contribuyen a expresar. Tomémosla como centro, y no se tratará màs de elegir entre coordinaciones abusivas u omisiones forzadas. Todo se ordenará a su alrededor; ella agrupará elementos lingüísticos que vienen de todas partes y de los que otros capítulos se aliviarán. Todo se completará, se organizará, se clasificará. De esta manera, «quelques hommes» dejará de pertenecer a los indefinidos, mientras que des hommes» pertenecerá al artículo, «une poignee d'hommes» al sustantivo etc.

Las veinte maneras distintas de indicar la causa, (complementos sin preposición, con preposición, adjetivos, formas temporales, proposiciones coordinadas, subordinadas) todo lo que sirve a expresar esa relación debe ser agrupado, no para confundirse en un nuevo caos, pero para repartirse por valor y significado, como otros tantos signos sinónimos y similares sintácticos, propuestos a la elección del que piensa o habla. Después del estudio de estos elementos, viene el examen de los hechos entre los que se establece la relación y de sus diversas modalidades, luego las causas ciertas se separan de las probables, las que se aceptan de las que se rechazan hasta que vemos claro en este enorme trabajo del espíritu, que, por todos lados encadena hechos o eventualidades, y observa sus relaciones.

* * *

Me dirán ustedes que esto es volver a la ideología. Pero esta objeción no me asusta. Una ideología moderna está resguardada para siempre de especulaciones a priori y construcciones sin fundamento que han desvalorizado

la del siglo XVIII; la ciencia positiva de los idiomas la mantendrá de hoy en adelante en la vía de la observación científica.

Condillac ha sido objeto de mofa, y el pequeño príncipe de Parme, de compasión, porque «a los ocho años conocía ya el sistema de las operaciones de su alma» y «comprendía la generación de sus ideas». El príncipe, es cierto, estaba adelantado, y no se trata de formar pequeños prodigios de este tipo. Pero convendréis en que el estudio del idioma materno sería poca cosa si no condujese a la comprensión de los textos y autores, y no contribuyese a la educación general del espíritu.

Las «partes de la oración», deben desaparecer. Hay que crear métodos de lenguaje en los que se clasifiquen los hechos por orden de ideas y no de signos.

* * *

Podréis hacerme otra crítica: el lenguaje tiene vida propia; es cierto y razones tengo para no ignorarlo. Hay categorías completas de hechos, en particular los hechos materiales de la fonética—cuya importancia en el descubrimiento de las leyes de la evolución lingüística conocemos—en que el espíritu no participa. No pueden pués entrar en mi clasificación. ¿Pero se relacionaban en algo con la otra?

Además, a medida que la ciencia se perfecciona, parecen descubrirse relaciones esenciales entre el pensamiento y las entonaciones de la frase, que explican hechos importantes en la evolución de los sonidos. Además ahora que búsquedas más minuciosas siguen a las ya efectuadas, nos damos cuenta de que las causas más diversas han trabado el desarrollo de la fonética Con la palabra Analogía, antes muy imprecisa, se delínea la acción alternativamente destructora y constructora de la mente, que simplifica en series continuas la excesiva diversidad de las formas, corrigiendo así, instintivamente, los resultados de los desarrollos propiamente materiales. Otras influencias perturbadoras casi todas de origen psicológico, han sido reveladas por los penetrantes estudios que M. Gillierón ha realizado sobre las lenguas vivas, como ser esa necesidad de distinción que domina la elección de las palabras, desquite de las fuerzas mentales sobre los elementos sonoros cuyos accidentes amenazan empañar la nitidez de los signos.

Volvemos siempre a lo de antes. Considerado en conjunto, el lenguaje es un signo. Quien ordena y domina es la idea. Los signos solo existen por ella y para ella.

No digo naturalmente, que los 2 movimientos sean concomitantes y anden al mismo paso y siempre hacia la misma dirección.

Hubo en Francia, un concepto de la humanidad mucho antes de que esta palabra existiese para designar el conjunto de los hombres y el olvido en que cayeron las «chandelles» (velas) no les impidió al tenis primero y luego a la aviación de crear después la imagen «faire una chandelle» (4). Bastaron para ello las «chandelles romaines» del 14 de Julio. No se trata tampoco de introducir en la ciencia un concepto grosero de finalidad, cuya falsedad aparecería inmediatamente. Toda la cuestión consiste en saber si tanto en el estudio científico como en el práctico de las lenguas, no hay un gran interés en agrupar los hechos según las ideas.

En conjunto, nadie puede negarlo. Creo que todos estamos de acuerdo en considerar el lenguaje como un hecho sociológico, que se produce, se desarrolla, se altera, se perfecciona en función de la sociedad a que perte-

nece, cuyo pensamiento colectivo refleja con los matices que pueden introducir, consciente o inconscientemente, los grupos y los individuos. ¿No os parece pués ventajoso, que se examinen los diversos capítulos de la psicología de las generaciones, tal cual se la apercibe a través de su lenguaje, que se siga por ejemplo el desarrollo de la idea de finalidad, como lo muestra la distinción progresiva de las proposiciones, de los complementos, de los modos de finalidad, tan poco diferentes en el francés antiguo?

Se puede, naturalmente, y se lo ha hecho, reunir todos los ejemplos de adjetivos o participios que permanecen invariables cuando preceden al sustantivo. Juntar «ci inclus» a «sanf exception, vu la requête» etc. Pero esto no es suficiente. En cuanto examinamos el hecho generalizado, en cuanto buscamos la ley, nos apercibimos que hay allí algo más que una casualidad sintáctica y que la invariabilidad de dicho término se explica por el hecho de que el sustantivo con el cual debe concordar no ha sido aún expresado.

Es imposible pues comprender e interpretar el fenómeno, que en este caso es la dificultad de percepción de una relación, sin entrar en plena psicología étnica.

* * *

Este [illegible]o (la pensee et la langue) fué escrito sobre todo para vosotros, profesores de francés. Abandonad en vuestra enseñanza el sistema rutinario aplicado en el estudio de las lenguas muertas. Ese empirismo vulgar, imita sólo exteriormente la naturaleza, e ignora o menosprecia las leyes profundas que encadenan los hechos lingüísticos, permiten adquirirlos y aseguran su completa posesión.

La dificultad consiste, no en asimilar el nuevo método pero en desaprender el antiguo. Pero el niño, tabla rasa, no choca con dicha dificultad Fácil será pués hacer luz en su pensamiento, hacerle analizar lo que quiere decir o escribir, con gran provecho para la formación de su espíritu. Le gustará examinar, comparar, elegir las expresiones que prefiere, creándose así un estilo. Los profesores daremos el ejemplo pués el tema no está agotado Tendremos diariamente la oportunidad de introducir observaciones personales, y quizá de agregar capítulos.

Haber puesto en marcha un movimiento, que llevaría a los profesores de lenguas a observar ellos mismos, haberles dado la oportudidad de ser algo màs y mejor que simples glosadores y arregladores de ejercicios, fué el gran mérito de la obra de F. Brunot. — Fin.

(3)—El imperativo francés posée sólo tres personas. (N. del T.)
(4)—Expresión francesa usada en los deportes y que significa lanzar la pelota: football, tenis, etc., verticalmenle.

Llegar a Paris . . .

MICHELINE CIB

Llegar a Paris.... Es difícil expresar lo que estas tres pequeñas palabras significan para nosotros, los que hemos dejado Francia siendo todavía demasiado niños para sentirla realmente, los que hemos sido educados en el amor y la admiración de nuestro país, los que hemos estudiado su literatura, su historia, su vida toda, tratando de captar, aunque sea a distancia y por intermedio de otros aquel espíritu fogoso y ardiente de la juventud francesa.

Llegar a Paris.... El ferrocarril sigue su ruta. Ha salido temprano de Marsella y bajo el alegre cielo mediterráneo ha atravesado aquella campiña, que ya conocíamos, claro, pero muerta, sin colores, ni luz: la campiña de las fotografías. Allí están las tierras cultivadas formando un juego de damas de todos colores, allí eatán las casitas de techo rojo, allí está el paisano de blusa azul.

Llegar a París ... Prueba tremenda. ¿Será acaso nna desilusión? ¿Quedaran destrozados nuestros sueños de niños? ¿Nos habrán engañado y habrán exagerado, aquellos que nos han hablado con tanto amor de aquella ciudad maravillosa? Se ha hecho de noche, ya nos acercamos. ¿Y qué encontraremos ahora después de estos terribles años de guerra y de ocupación? ¿Cómo habrán evolucionado aquellos que tanto queremos conocer? ¿Y sobre todo, como nos recibirán, a nosotros, jóvenes compatriotas, que hemos pasado aquellos terribles años tranquila y comodamente en un país libre y feliz?

Llegar a Paris... Aquí están las luces de la «banlieu», las vías se cruzan, las señales, la locomotora da su grito victorioso.... Gare de Lyon... ¡hemos llegado!

* * *

¡Quién podría quedar desilusionado frente a tanta belleza, a tanta elegancia, a tanta majestuosidad!

A cada momento, nos dicen que «antes» las cosas no eran así, que habían muchas, pero muchas luces, que no había colas, que la gente no era tan egoísta, que la política... etc. etc.

Pero quien piensa en todo eso, cuando al salir por primera vez del subterráneo, después de un corto viaje, todavía deslumbrado por la luz natural, ve dibujarse, rodeado de aquella neblina dorada que cubre tan a menudo a Paris, el Sena con los famosos «bouquinistes», y más atrás le Palais de Justice, con el chapitel dorado de la Sainte Chapelle y la Conciergerie, cargada de recuerdo.

Al mirar más a la derecha... allí está Notre Dame; la vemos de perfil, como a ella le queda bien, con algunos arbotantes escondidos detràs de los follajes. ¡Es increíble!

Y todo nos parece increíble en nuestros paseos diarios, ávidos de conocer la gran ciudad.

Demasiado bella y lujosa, aquella perspectiva que se tiene desde el suntuoso palacio del Louvre hasta el Arco de Triunfo, atravesando el sentimental jardín de Tuileries, la plaza de la Concorde y los elegantes Champs-Elysèes.

Tan alegre y bulliciosa la vida de los «grands boulevards» con sus vendedores ambulantes de charla tan «parisienne». Misterioso y atrayente, el ambiente del viejo Montmartre con sus calles silenciosas, sus boites de cortinas a cuadritos rojos y blancos, de nombre infantil: «Le lapin agile».... Entrar en aquella piecita llena de humo, ver en la pared un Cristo crucificado tallado en madera que parece datar de la Edad Media, y al lado uno de los cuadros más chillones de Picasso.... tomar las famosas «cerises a l'eau de vice» de la casa yoir, según la inspiración del pianista y del que canta, viejas canciones regionales, poesías románticas, poemas modernos, canciones atrevidas, típicas de aquel ambiente donde a nadie le molesta.

¿Y qué decir del Quartier Latin?. Aquel barrio que tiene por eje al alegre «boul Mich» donde pasean estudíantes de todas razas y color, con barba, pipa y boina los muchachos.... Allí están todas las facultades, allí están las librerías donde pueden entrar todos los que quieren y hojear los libros que les interesan, allí están las vidrieras con las últimas novedades existencialistas y un gran retrato de Sartre, allí también están los grandes cafés llenos de gente que charla, que ríe, que discute, que canta, y más allá está el jardín del Luxembourg lleno de niños que juegan y de enamorados.

Hablar de París, sin hablar del Faubourg S.t Honoré sería un sacrilegio.... de las grandes tiendas de lujo llenas de cristales y porcelanas finas y elegantes; de las casas de los grandes modistos con modelos y perfumes tentadores. Y en medio de todo ésto la mujer parisienne, con su «chic» sobrio, fino y personal, caminando con un paso ligero y ágil sobre sus tacos altos y frágiles.

¿Piensa acaso en su próxima velada en el teatro?. Irá a ver a Barrault, austero en Hamlet o lleno de movimientos y mímicas en la pantomima de Prévert: Baptiste. Irá a la Opera y subirá la majestuosa escalera de mármol de fama mundial o a la Comedia Française y sentirá palpitar en sus corredores las almas de Racine y de Moliere. Irà a l'Atelier o al Montparnasse, aquellos teatros pequeños y escondidos en una callejuela, donde se estrenan las últimas piezas de Anouilh o de Salacrou. Irá al Casino de París a aplaudir mujeres hermosas y una «mise en scene» perfecta y lujosa.

¡Cuán difícil es elegir! todos los espectáculos son interesantes, todos tienen su encanto.... Aquel encanto particular que tienen todas las cosas de París, aquel encanto imposible de explicar y de describir, que solamente se puede tener muy hondo en el corazón, que hace amar a París, que hace llorar cuando hay que alejarse.

¿Decepcionados, destrozados los sueños, me dirán?. Y gritaré: ¡no.... no! mil veces más entusiasta que antes. La realidad ha traspasado maravillosamente los sueños y el único sueño que queda es.... volver a París, y gozar más y más de todo aquello que quiero más que nunca.

6-VII-48

Martín Santellán

Frutos del país

Río Negro y Tomás Gómez Telefono 77

Por Maquinaria Agrícola

ARADOS

COSECHADORAS DE MAIZ

RASTRAS DE DISCOS

CULTIVADORAS, etc.

Cazalás Hnos. & Olguin

Rodó 730 Teléfono 868

MERCEDES

Para el niño

Un buen libro es el mejor regalo—

Nuestra selección de títulos satisfacen los anhelos y ensueños de los mismos

Casa Telesca

Colón y Roosevelt

"La Mercedaria"

Fábrica de Mosaicos

de

ABELARDO NAVA

Sarandí y F. Sánchez

Teléfono 490 Mercedes

FARMACIA

Fernández Genolet

Servicio Nocturno permanente sin alteración de precios

CASA ZANATTA

De B ULISES ZANATTA

Ferretería, Pinturería, Artículos Sanitarios
Menaje, Bazar, Electricidad

FABRICA DE PLUMEROS

Roosevelt. 738 Tel. 697 Mercedes

AVIMER

Criadero Avícola de Ing. J. Eduardo Correa

Pollitos bebé RHODE ISLAND RED de alta postura

Teléfono 919 Mercedes

"CAMPEON"

La Yerba que a todos deleita por su sabor y pureza

Marques, García y Cía.

San Juan 2651—Montevideo

EN MERCEDES:

A. Morena

TELEFONO 96

Angel Mazziotti

REMATES

Comesiones y Consignaciones en general

Teléfono 174 Mercedes

"Massey Harris"

y

"Productos Shell"

La suprema combinación
Para las labores agrícolas

Carlos Méndez Tel. 789

PARIS LONDRES

La mejor casa
Para compras

Tel. 507 y 48

SUSCRIPCIONES

	N.o suelto	10 números
MERCEDES.....	0.35	3 00
(estudiante)		2 50
INTERIOR	0 40	3.50
MONTEVIDEO	0 45	4 00

Fecha .....

Señor Administrador de **ASIR**

Sírvase suscribirme por un año (10 núm.) a esa revista, cuyo importe abonaré por giro, cheque, al contado (tache la indicación inútil).

.....
FIRMA

Nombre .....

Dirección .....

Teléfono .....

ESTACION DE SERVICIO
ESSO
DE
SILVEIRA, BURGER & Cía.
Agentes: STANDARD OIL Co.
FUNSA
Mercedes, R. O.

La Polar
Harinas de Legumbres
SIEMPRE FRESCAS
Fábrica: Rodó 567 - Tel. 639
Mercedes

FEMINA S. A.
Montevideo
Chocolate para comer crudo
Pídalo en todos los comercios
4 frutas, avellana, leche, etc.

CASA
Pedro Postiglione
Ventas por Mayor y Menor
FERRETERIA Y BAZAR
Florida y 19 de Abril Tel. 28

SUCURSAL DE VETERINARIA Y AGRONOMIA
VETERINARIA NOLI AGRONOMIA
Artigas y Rodó Tel. 892

Caja Popular de Mercedes
Una Institución al servicio del comercio y la industria del Departamento
Toda clase de operaciones bancarias
Utilice su amplia red de giros y traspasos de fondos
COLON, 214 MERCEDES

ALFONSO M. MILANS
Administración de
PROPIEDADES
Negocios en general
MERCEDES

Lino A. Ferreira Goró
ESCRITORIO COMERCIAL
Coordina
Compra Venta Campos
Cereales y Productos
Agrícolas Ganaderos
OFICINA:
Florencio Sánchez N.o 1198
Teléfono 437
CASA PARTICULAR
J. P. Varela 320 — Teléfono 44
MERCEDES

Optica y Joyería
ROSSI
Novedades del Momento
Colón 270 U.T.E. 827

Rotisserie
"Central"
Pastas Caseras
FIAMBRERIA
Especialidades de
Todas Clases
Tel. 907

Frutería y Verdulería
BOLONINI
DOS PALABRAS
CALIDAD y PRECIO
Mercedes Tel 263